UNE ✦ SACRA

Pueblos Originarios de Brasil

Leyenda de Jurupari

✦ ✦ ✦

Maximiano José Roberto (recopilación) y Ermanno Stradelli (traducción)

Traducción (edición 1.5)

Créditos

Autor	Maximiano José Roberto (recopilación) y Ermanno Stradelli (traducción)
Fecha	1890
Idioma original	Ñe'engatú
Versión	Traducción (edición 1.5)
Traducción	Traducción popular, a partir del texto italiano de Ermanno Stradelli
Fuente	Bollettino della Società Geografica Italiana, 1890, pp. 659–689 e 798–835 — Internet Archive
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

La Leyenda de Jurupari es el gran mito sagrado de los pueblos del Uaupés y del Içana, en el alto río Negro (Amazonas, Brasil): cuenta cómo Jurupari, hijo de una virgen fecundada por el jugo de una fruta, fue enviado por el Sol para cambiar los usos y costumbres de los hombres, creó los instrumentos sagrados que las mujeres no pueden ver y fundó las fiestas y las leyes que llevan su nombre, en busca de una mujer perfecta que fuera paciente, discreta y supiera guardar un secreto.

El texto fue recogido en ñengatú por Maximiano José Roberto, de padre manao y madre tariana, que reunió las versiones de varios narradores y las sometió a la crítica de los propios indígenas.

El conde Ermanno Stradelli (1852–1926), explorador italiano de la Amazonia, lo tradujo al italiano y lo publicó en 1890 en el Bollettino della Società Geografica Italiana, en dos partes. El manuscrito en ñengatú nunca se publicó.

Es un registro del siglo XIX, con las palabras y los juicios de la época, y uno de los primeros grandes textos indígenas de la Amazonía publicados por entero.

El culto de Jurupari, con las flautas sagradas que se tocan en los rituales de iniciación de los muchachos, sigue vivo entre pueblos del alto río Negro.

Fuente: https://archive.org/details/bollettinodella32italgoog

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

CAPÍTULO 1

✦

1 En el principio del mundo, una terrible epidemia se ensañó con los habitantes de la Sierra del Tenui y atacó exclusivamente a los varones. Solo escaparon de ella algunos viejos ya gastados y cargados de años y un antiguo payé.

2 Preocupadas por ello, las mujeres, que veían en un futuro no lejano extinguirse su raza, pues no había en las cercanías ninguna tierra a la que pudieran recurrir para suplir lo que les faltaba, resolvieron reunirse en consejo para ver si lograban hallar salida a aquel estado de cosas.

3 En todos los rostros estaba pintada la consternación; solo el viejo payé permanecía tranquilo e impenetrable.

4 Contra la costumbre, su ciencia, juzgada impotente en aquel caso, no había sido consultada.

5 Fue a orillas del Lago Muypa, donde Seucy (nombre dado a la constelación de las Pléyades) solía bañarse, donde tuvo lugar la asamblea de las mujeres.

6 Allí se debatían los pareceres más extraños y diversos. Una proponía intentar revigorizar todavía aquellos viejos esqueletos y arrojarlos a los peces si el intento no resultaba; hubo incluso quien propuso probar si mujer podía fecundar a mujer; y la discusión, animándose, se prolongó hasta que las sorprendió Seucy, que, como de costumbre, venía a bañarse.

7 Solo entonces se dieron cuenta del payé, tranquilamente sentado entre ellas, sin que ninguna pudiera decir ni cuándo ni cómo había llegado.

8 Avergonzadas de haber sido sorprendidas en flagrante, quisieron huir, pero no podían: sus pies parecían clavados al suelo como piedras.

9 Y el payé habló así:

10 «Veo, por desgracia, que nunca podrá hallarse en la tierra mujer paciente, discreta y capaz de guardar un secreto.»

11 «No está muy lejos el tiempo en que el Sol me advirtió en sueños que no permitiera a mujer alguna acercarse de noche a las orillas de este lago. Yo os avisé de esta prohibición y os encuentro a todas aquí, y no solo eso, sino tramando cosas vergonzosas contra nosotros, los viejos, desobedeciendo así las órdenes de aquel que gobierna el mundo.»

12 «Seucy, señora de este lago, cuyas aguas han quedado impuras con vuestras impurezas, no vendrá más, de hoy en adelante, a bañarse en ellas.»

13 «La generación que nazca mañana excluirá para siempre a las mujeres de toda intervención en los asuntos de alguna gravedad».

14 A estas palabras, las conspiradoras preguntaron como locas: «Si no mientes, dinos cómo y cuándo podrá suceder eso.»

15 «Ahí estáis todavía tan impacientes que hasta os atrevéis a interrogarme. Me tienen por mentiroso, cuando saben que soy un payé, que todo lo veo a través de mi imaginación».

16 Y él fue a bañarse con todas las mujeres en las aguas del lago, de donde cada una volvió con una sonrisa en los labios y una esperanza en el corazón.

17 «Ahora», dijo el payé, «cada una lleva en las entrañas el germen de la vida.» En verdad, todas estaban encintas: él las había fecundado a todas, sin que ellas siquiera lo sospecharan.

18 Hecho esto, el viejo payé, con una agilidad impropia de su edad, trepó a la Sierra del Dubá. Llegado allí, lanzó un grito prolongado: éééé... y se precipitó en el lago, cuya superficie quedó toda cubierta de un polvo blanco. Era el polvo con que el payé, que no era viejo como parecía, había escondido su juventud.

19 También Seucy se zambullía en el lago, dejando como señal de su paso por el azul del cielo un camino casi blanco, sembrado de pequeñas estrellas.

20 Las mujeres, llenas de contento, se contaban unas a otras el feliz acontecimiento, olvidando que todas lo habían presenciado por igual; y, presas a veces de extrañas sospechas, que desaparecían ante la realidad de los hechos, se examinaban atentamente para estar seguras de que aquello no era un sueño.

21 Diez lunas después, el mismo día y a la misma hora, todas daban a luz, asegurando con ello el futuro de la gente del Tenui.

22 Entre los recién nacidos hubo una niña espléndida, que por su belleza fue llamada Seucy. La Seucy de la Tierra era el retrato de la Seucy del cielo y creció hasta la edad de los primeros amores tan pura como la estrella de la mañana.

23 Un día tuvo deseo de comer frutos del pihycan (fruto prohibido a las doncellas que aún no han llegado a la pubertad, porque despierta en ellas los apetitos latentes) y se internó en la selva. Halló fácilmente los frutos

deseados y no le costó recogerlos: unos monos, pocos momentos antes, habían hecho caer gran cantidad de ellos, que estaban todavía en el suelo, frescos y apetitosos. La bella muchacha escogió los más hermosos y maduros y, juntándolos delante de sí, comenzó a comerlos.

24 Tan jugosos eran que parte del zumo, corriendo entre los senos, bajaba a bañarle las partes más recónditas, sin que ella le prestara la menor atención.

25 Comió de ellos hasta saciarse y no volvió a casa hasta cerca de la hora de las tristezas, contenta de haber satisfecho un deseo largamente alimentado.

26 Sentía, no obstante, los miembros como entumecidos por una sensación extraña, nunca antes experimentada.

27 Movida por un instinto material, se examinó atentamente y conoció que su virginidad ya no existía y que en sus entrañas había algo desconocido.

28 Avergonzada, nada dijo a su madre y guardó celosamente su secreto, hasta que el tiempo se encargó de hacer conocido su estado.

29 Entonces, interrogada por los de la tribu, que querían vengar la afrenta en el violador, contó en su sencillez la historia del pihycan.

30 Al cabo de diez lunas tuvo un niño robusto, que superaba en belleza a la madre: se parecía al Sol.

31 Los Tenuiana, en cuanto supieron del nacimiento del niño, lo proclamaron tuxaua y le dieron el pomposo nombre de Jurupari, es decir, engendrado por el fruto.

32 Jurupari tenía apenas una luna cuando los suyos resolvieron preparar y entregarle las insignias de jefe.

33 Faltaba, no obstante, la itá-tuxaua (itá: piedra, tuxaua: jefe), que había que ir a buscar a la Sierra del Gancho de la Luna, y una parte de la tribu se preparaba ya para ese viaje.

34 Pero la dirección de las cosas estaba en gran parte en manos de las mujeres, por lo que pronto surgieron opiniones diferentes, que en poco tiempo dividieron la tribu en dos partidos.

35 Unos querían que toda la tribu en masa fuera a buscar la piedra; otros, que fueran solo los hombres, ya que las mujeres no podían tocarla.

36 Discutiendo, gastaron otra luna, hasta que vino a ponerle fin la desaparición de Jurupari.

37 ¿Qué había sido entretanto de Jurupari?

38 Su madre no lo sabía.

39 Había desaparecido, pero nadie en la aldea sabía cómo.

40 Las mujeres atribuyeron a los viejos el rapto de Jurupari y, aunque los interrogaron inútilmente, les intimaron a devolver al niño en el plazo de un día, so pena, si no lo hacían, de ser sometidos al «suplicio de los peces», es decir, de ser atados dentro del agua con solo la cabeza fuera, y heridos, para que los devoraran los peces, atraídos por el gusto de la sangre.

41 Y por temor a que, huyendo, se sustrajeran al castigo, los ataron en el acto, quitando así a los pobres toda esperanza de salvación.

42 Para todos, preocupados por los acontecimientos, la noche corría larga, y nadie dormía aún en la aldea, cuando se oyeron claramente en la selva los vagidos de Jurupari, y precisamente en dirección al árbol del pihycan.

43 Todos fueron hacia allá, y ya oían con claridad la respiración agitada del niño, cuando todo volvió a quedar tranquilo.

44 Buscando por todas partes, revisaron el árbol rama por rama, los matorrales, las plantas vecinas; pero no hallaron nada que pudiera ponerlos sobre la pista del niño, y no abandonaron la selva hasta el atardecer.

45 Por la noche, sin embargo, a la misma hora, en la misma dirección, se oyeron de nuevo los vagidos de Jurupari.

46 Buscaron y volvieron a buscar, bien decididos, si hacía falta, a no hacer otra cosa en toda su vida; pero no obtuvieron mejor resultado.

47 La tercera noche cercaron el árbol del pihycan; pero cuál no sería el espanto de los sitiadores cuando oyeron los vagidos sonar en medio de ellos, sin que pudieran averiguar el lugar de donde partían.

48 Los vagidos eran tan lastimeros que hacían daño.

49 Asustados por lo extraño del hecho, abandonan precipitadamente la selva, jurando no volver más a ella para buscar a Jurupari.

50 No por eso cesaron los vagidos; y si los habitantes de la aldea ya no se ocupaban de ellos, la infeliz Seucy, retirada en la cumbre más alta de la montaña, lloraba a su criatura y, oyendo los vagidos del hijo, se dormía hasta los primeros alegres albores del día.

51 Así pasaron tres noches.

52 Una mañana, al despertar, sintió que sus pechos ya no contenían la leche que los henchía cuando se dormía.

53 Quiso aclarar el misterio y se propuso velar; pero cuando empezaban los vagidos de Jurupari, un sopor invencible se apoderaba de ella y se dormía con un sueño profundísimo.

54 Cuando despertaba, sus pechos estaban vacíos de leche.

55 Nunca supo quién, durante su profundo sueño, se alimentaba con la leche de su seno.

56 Así pasaron dos años; pero, al empezar el tercero, en lugar de vagidos eran cantos, eran gritos, era la risa de un niño alegre, con que la pobre oía resonar la montaña; eran carreras, eran luchas con seres desconocidos, que con frecuencia oía resonar muy cerca de ella.

57 Y mientras él crecía en las montañas del Tenui, invisible pero fuerte y robusto, la pobre se iba haciendo vieja; y cuando, 15 años después, Jurupari vino a buscarla, ella seguía allí, indiferente a todo, sentada en el mismo lugar donde tantas noches, sin saberlo, lo había amamantado.

58 Fue en el tiempo en que maduran las bacabas (fruto de una palmera), una noche de luna, noche en que la Seucy celeste volvió a bañarse en el lago, cuando Jurupari reapareció en la aldea en compañía de su madre, la Seucy de la Tierra.

59 Era un joven hermoso, hermoso como el Sol.

60 Los Tenuiana, en cuanto supieron del regreso de Jurupari, recordando que él era el tuxaua elegido, trataron enseguida de entregarle los ornamentos de jefe, aunque todavía faltara la itá-tuxaua.

61 Jurupari ya había recibido de manos del Sol, la víspera de su aparición, un matiry (especie de saco en que el indio lleva una porción de cosas pequeñas, necesarias para los usos más comunes), en el que estaban guardados todos los medios que necesitaba para llevar a cabo la reforma de las costumbres.

62 Sonrió de las artimañas de las mujeres ambiciosas, porque, aunque la población se compusiera de una buena cantidad de hombres, hermanos de la Seucy de la Tierra, estos no tenían voto deliberativo, tanto se plegaban a la voluntad materna.

63 La noche siguiente a su llegada, al son de nembé, maraiá e iauty, los Tenuiana fueron a casa de Jurupari a presentarle las insignias de jefe.

64 Jurupari no quiso aceptarlas, porque no estaban completas, pero ordenó a los hombres que a la noche siguiente se presentaran en la Sierra del Canukè, a orillas del Lago Muypa, donde se tratarían asuntos comunes.

65 Las mujeres, que hasta entonces eran las únicas que dirigían los asuntos de la tierra, quedaron enseguida descontentas por verse excluidas de la reunión y se propusieron deponer a aquel a quien, en tan mala hora, habían elegido tuxaua, apoyándose para ello en que él aún no había recibido los ornamentos de jefe.

66 Jurupari, aquella misma noche, sacó de su matiry una ollita y un trozo de xicantá (especie de resina), que puso al fuego dentro de ella.

67 Del primer hervor nacieron una gran cantidad de murciélagos, lechuzas y otras aves nocturnas semejantes, que se dispersaron por el espacio.

68 Del segundo hervor nacieron guacamayos, loros, periquitos y otras aves semejantes, que a su vez se dispersaron por el espacio.

69 Del tercer hervor cobraron vida una gran cantidad de pequeños halcones y, por último, el uirá-uassu (águila), por medio del cual se trasladó a la Sierra del Gancho de la Luna.

70 Rápidos como una flecha llegaron a la montaña, donde estaba sentada la hermosa Renstalro (nombre tariana de la Luna), sosteniendo en la mano del corazón los ornamentos de plumas y en la otra la itá-tuxaua.

71 Renstalro vistió con sus propias manos a Jurupari con los ornamentos de jefe, sin pronunciar una sola palabra.

72 Terminada la ceremonia, Jurupari volvió a la aldea con las primeras sonrisas del día, de modo que nadie supo del gran acontecimiento.

73 Durante el día, las mujeres Tenuiana decidieron saber a toda costa, por medio de espías, lo que sucedería en la reunión convocada por Jurupari. Para ello fueron elegidas las que no tenían niños pequeños.

74 Todos estaban ya reunidos en la Sierra del Canuké cuando apareció Jurupari vestido de tuxaua. Resplandecía con sus ricos ornamentos.

75 Allí habló de los asuntos comunes, ordenando ante todo que cultivaran la tierra, y reveló las leyes que debían guardarse en secreto y regular en adelante su conducta.

76 Comenzó por declarar que su constitución duraría con el nombre de Jurupari mientras el Sol iluminara la Tierra, y prohibió absolutamente a las mujeres tomar parte en las fiestas de los hombres cuando estuvieran pre-

sentes los instrumentos especiales, que se distribuirían en la próxima asamblea inaugural.

77 La mujer que viole esta prohibición queda por ello condenada a muerte, condena que deberá ejecutar quien primero tenga conocimiento del delito, aunque sea padre, hermano o marido.

78 Asimismo, el hombre que muestre los instrumentos o revele a una mujer las leyes secretas en vigor estará obligado a envenenarse, y si no quisiera hacerlo, el primero que lo encuentre deberá darle muerte, so amenaza de incurrir en la misma pena.

79 Todos los jóvenes que hayan llegado a la edad de la pubertad deben conocer las leyes de Jurupari y tomar parte en las fiestas de los hombres.

80 Las fiestas tendrán lugar:

81 Cuando la cunhaquyra (virgen) sea desflorada por la Luna (tenga su primera menstruación).

82 Cuando haya de comer los frutos del pihycan.

83 Cuando haya de comer caza de la selva.

84 Cuando haya de comer carne de pez grande.

85 Cuando haya de comer aves. Todo ello, no obstante, después de que la cunhaquyra haya pasado una luna entera esperando su hora y alimentándose de cangrejos, hormigas saúbas y beijú, sin ver hombres ni tener contacto con ellos.

86 Cuando se dé dabucury de frutos, pescado, caza u otra cosa, como prenda de buena amistad.

87 Cuando termine cualquier trabajo pesado, como derribar árboles, construir una casa, plantar una roza u otra labor semejante.

88 Todos los tañedores de Jurupari deben tener a mano una capeia (látigo, en baníua) para azotarse unos a otros en recuerdo del secreto que todos deben guardar.

89 Todos aquellos a quienes toque algún instrumento de Jurupari (lo que ocurrirá en la próxima luna llena) estarán obligados a ir a enseñar por todas las tierras del Sol no solo las cosas ahora dichas, sino también las que se enseñen el día inaugural.

90 Cuando terminó la reunión, el tuxaua Jurupari lloraba. Pero nadie se atrevió a preguntarle.

91 Luego, al bajar de la montaña, encontraron en el camino a las mujeres que habían venido a espiar lo que sucedía y las hallaron convertidas en piedras.

92 Todas conservaban la fisonomía que tenían cuando estaban vivas.

93 ¿Quién las había dejado así? Nadie lo supo nunca con exactitud. Lo cierto es que allí quedó la propia madre de Jurupari. Tenía el rostro vuelto hacia el oriente y señalaba con la mano del corazón en dirección al Lago Muypa y con la otra hacia el árbol del pihycan, rejuvenecida y con una sonrisa maliciosa en los labios.

94 No obstante, después de un castigo tan tremendo, las mujeres Tenuiana, en vez de arrepentirse asustadas, se exasperaron aún más contra Jurupari, a quien ahora llamaban buscan (corazón duro, en el dialecto uynamby), y juraron acabar con él para poder seguir mandando a su capricho.

95 Jurupari, a su vez, para evitar nuevos castigos, resolvió mandar construir una casa muy lejos del lugar donde vivían, para poder celebrar allí sus reuniones.

96 Con ese fin llamó a los cinco viejos de la tribu y les dio las órdenes e instrucciones necesarias para que fueran a orillas del Aiary (pequeño afluente del Içana) y construyeran allí una casa con todas las comodidades deseadas.

97 Pero, dijo Jurupari, partid de noche, para que nadie en la aldea lo sepa, y cuando estéis ya bastante lejos de aquí, llevaos esta pussanga (talismán, fetiche) a la nariz, y os hallaréis transportados en un instante, por las nubes, al Aiary.

98 En cuanto la noche llegó a la mitad de su curso, los viejos dejaron la aldea, y cuando ya estaban bien lejos, cada uno se llevó a la nariz sus uñas de perezoso (esta era la pussanga que habían recibido), y antes de que pudieran pensarlo se hallaron transportados sobre una roca que se alza a la orilla del Aiary.

99 Como no había nada que pudiera distraerlos, aquel mismo día eligieron el lugar donde debía levantarse la casa, y la mayoría de los viejos decidió que se alzara sobre aquella misma piedra.

100 Cuando apareció el Sol del día siguiente, dieron comienzo a su trabajo y comenzaron por las puertas, que quedaron terminadas aquel mismo día.

101 Al otro día excavaron las habitaciones, que estuvieron listas antes de que llegaran las sombras de la noche.

102 Al tercero hicieron los asientos y los demás accesorios, que estuvieron listos antes del anochecer.

103 Así, en tres días, la Jurupari-oca quedó lista, y ello porque la piedra era todavía iaquira (verde, aún no dura).

104 Faltaban 15 días para el fijado para la llegada de Jurupari, y los viejos resolvieron aprovechar el tiempo para explorar los alrededores.

105 Al primer canto del buá-buá (especie de sapo) se metieron en el bosque, rumbo al oriente. Anduvieron la distancia de un grito, encontraron un camino ancho que siguieron, y de pronto oyeron sonidos, cantos y risas.

106 «Compañeros», dijo uno de los viejos, «aquí cerca hay una aldea; ¿qué debemos hacer?»

107 «Ir hasta allá», dijeron los otros; «estamos seguros de que no nos tomarán por enemigos, y llegaremos en buen momento: la música nos dice que están en tiempo de fiesta».

108 «Vamos, pues, hasta allá.»

109 Apenas los viejos Tenuiana fueron divisados por los Nunuiba, salió enseguida a su encuentro para recibirlos un grupo de hermosas jovencitas, que los invitaron a tomar parte en las fiestas que se daban por la boda de la hija del tuxaua.

110 El mismo Nunuiba vino a recibir a los recién llegados y los llevó a la sala de la danza, entregando a cada uno un maracá, señal de amistad y de paz cuando viene de manos de un jefe.

111 Los viejos, después de beber algunas cuias de cachiry y de capy-ipinima, entraron también ellos en el corro de las danzas, cada uno con una hermosa jovencita a su lado.

112 Ellas desplegaban en las danzas todas sus seducciones y con chanzas y conversaciones procuraban excitar a sus viejos compañeros.

113 Quiere la costumbre que en las tierras del Sol no se rehúse nada de lo que se ofrece: y los viejos bebieron sin medida y acabaron por emborracharse, y uno de ellos dejó escapar estas palabras imprudentes:

114 «¡Qué buena tierra es esta, donde las jovencitas son todas hermosas como lo era nuestra Seucy! Pero quién sabe si mañana no tendrán que maldecir nuestra llegada entre ellas, por causa de la ley de Jurupari.»

115 Dicho esto, se durmió.

116 Enseguida las palabras imprudentes corrieron de boca en boca, haciendo el efecto de un remolino en la cascada.

117 «Es alguna traición tramada contra nosotras», dijo una de las Nunuiba; «debemos procurar descubrirla cuanto antes para tener el corazón limpio. Mañana cada una de nosotras, aquí o en su casa, por seducción o por sorpresa, debe obligarlos a decirnos lo que hay contra nosotras.»

118 Aprobada la propuesta, decidieron que algunas de ellas irían al día siguiente a la casa de los viejos.

119 Y así se hizo.

120 Cuando los viejos volvieron a casa, ya estaban allí las muchachas más hermosas de la aldea, recién salidas del baño.

121 Ellas se apresuraron a llevarlos dentro de la casa, abrazándolos afectuosamente, donde ya les tenían preparadas las hamacas y el cudiary con la mandioca más blanca y sana, cosechada por ellas mismas.

122 Terminada la ligera comida, los viejos buscaron descanso en sus hamacas; pero no era eso lo que deseaban las astutas muchachas.

123 En vano, no obstante, con mil seducciones y artes diversas intentaron hacer revivir los sentidos muertos de los pobres.

124 Todas las artes, todas las seducciones resultaron frustradas; y al caer la tarde las muchachas se retiraron sin haber conseguido nada, prometiéndose, no obstante, volver al día siguiente.

125 Los viejos se quedaron mirándose unos a otros, desalentados, sin cruzar palabra, hasta que la madre del sueño vino a llevarlos al mundo de las imágenes, ella que, por vieja y fea que sea, es amada por todos los vivientes.

126 Pero si durante el día los viejos hicieron tan mal papel, en sueños las cosas cambiaron.

127 Los papeles estaban invertidos.

128 Ellos eran los emprendedores y ardientes; ellas, débiles y frías, quedaban vencidas al segundo asalto.

129 Al salir el sol del día siguiente, las jóvenes llegaron a la Jurupari-oca y, hallando a los viejos todavía sumidos en el sueño, aprovecharon la ocasión y se metieron en sus hamacas.

130 Sucedió entonces que los viejos, al despertar con el sol ya alto, se encontraron en los brazos precisamente a aquellas que durante la noche habían compartido sus imaginarios goces.

131 Fácilmente se convencieron entonces de que no había sido sueño, sino realidad.

132 Y las astutas, conociendo el engaño en que habían caído, lejos de intentar disuadirlos, aumentaban su convicción.

133 «¿Por qué no satisficiste ayer mis deseos, y en cambio me has cansado esta noche?»

134 Y las palabras iban acompañadas de besos y caricias.

135 «Amigos, el día pasa sin sentirlo; vamos a comer».

136 Algunos momentos después todos estaban comiendo, cada uno con el fruto de su mal dormir al lado.

137 Las Nunuiba, más que de las caricias y los besos, esperaban llegar a su propósito con el capy y el cachiry, y forzaban a sus viejos amantes a beber con frecuencia del curupy (vaso especial para el capy), a lo que ellos, alegres y contentos, no intentaban sustraerse.

138 El Sol estaba ya en el mediodía cuando terminaron; y los viejos fueron enseguida a la hamaca, adonde los siguieron las jovencitas.

139 La embriaguez da cierta audacia y excita aun a los más fríos. Eran ahora los viejos quienes procuraban excitar a las jovencitas y, como no podían con otra cosa, era con los dedos como delicadamente les hacían cosquillas, hasta que cada una se sintió transformar en una fuente húmeda.

140 Y los viejos se acaloraban con el juego, y Ualri (oso hormiguero, en baníua), en quien el placer era más intenso, se puso a lamentar la rigurosa ley de Jurupari y poco a poco contó todos sus secretos.

141 Y así, por la narración involuntaria de Ualri, las Nunuiba ya habían logrado su propósito.

142 Y cuando los viejos se durmieron, ellas se retiraron, volvieron a su aldea y repitieron lo que habían oído.

143 Desde aquel día las Nunuiba no volvieron más a la Jurupari-oca.

144 Los viejos, ya acostumbrados a aquella compañía, pasaban el tiempo lamentándose de tanta ingratitud.

145 El recuerdo estaba vivo, y todos los días tenían noticias de las hermosas Nunuiba por unos muchachos robustos que venían a bañarse en el río.

146 Una mañana Ualri, encontrándose con un grupo de ellos, les preguntó adónde iban.

147 «A recoger uacú» (fruto de una leguminosa gigantesca), respondieron.

148 «Yo también voy con vosotros», dijo Ualri; «quiero mandarle un cesto a la ingrata Diadue.»

149 «Vamos», dijeron los muchachos; «aquí cerca hay un árbol cargadísimo de frutos; habrá para todos.»

150 Como el uacucuyua era muy grande y los curumy (muchachos, en lengua general) no podían subirse a él, pidieron al viejo que lo hiciera, para arrojarles los frutos.

151 Y el viejo los complació, recomendándoles, no obstante, que no encendieran fuego bajo el árbol.

152 Ualri ya vareaba uacú entre las ramas cuando los muchachuelos encendieron debajo una gran hoguera para asar en ella los frutos.

153 El fruto es muy oleoso: un humo denso envolvió el árbol en un instante.

154 Sintiéndose ahogar y con poca esperanza de salvarse, Ualri apenas tuvo tiempo de agarrarse entre rama y rama para no caer, sin acordarse siquiera, en aquel momento, del amuleto que llevaba al cuello.

155 Los curumy comían los frutos asados sin imaginar siquiera los tormentos que pasaba el viejo; solo cuando estuvieron satisfechos apagaron el fuego.

156 Cuando el humo se disipó, notaron que de las ramas del árbol bajaba hasta el suelo un grueso bejuco que antes no estaba, y por él vieron bajar a Ualri.

157 «Abuelo, ¿qué bejuco es ese que te ha servido de camino?»

158 «Ualri-puy (baba de oso hormiguero)», respondió él furioso. «Ya se olvidan de que me estaban ahogando con el humo. Quede este como señal para recordar que unos pilluelos quisieron matar a un viejo».

159 Y se llevó a la nariz su amuleto y pidió lluvia, rayos y truenos: y fue enseguida escuchado.

160 Y los muchachos corrían de un lado a otro para resguardarse de la tormenta.

161 Ualri, desde dentro de la selva, los llamó, diciendo que allí había una casa para resguardarse.

162 Y se llevó el amuleto a la nariz y pidió ser transformado en casa, y se convirtió en una casa, y los curumy entraron en ella; y cuando hubo entrado el último, se cerraron las puertas, y los muchachos quedaron así en la barriga de Ualri, que volvió a ser hombre.

163 Y este fue el castigo que Ualri dio a los muchachos malvados.

164 Cuando, llegada la noche, los Nunuiba no vieron volver a los muchachos que habían ido a recoger uacú, fueron con las madres de los desaparecidos a dar noticia del hecho al tuxaua.

165 Y el tuxaua mandó llamar al payé para interrogarlo.

166 Y el payé, después de tomar un poco de caragirú de la luna y encender su cigarro de tauary, fue al puerto a hacer los conjuros necesarios.

167 Cuando volvió, dijo:

168 «Los curumy están dentro de la barriga de uno de aquellos viejos que viven en la piedra; fueron tragados durante la tormenta que vino hoy; y para salvarlos hay que preparar mucho capy y mucho cachiry, para emborrachar mañana a los propios viejos y ver si aquel que los tragó los vomita».

169 Y enseguida toda la aldea se puso manos a la obra para preparar las bebidas requeridas.

170 Y el payé subió al techo de la casa, desde donde soplaba, hacia el lugar donde se encontraban los viejos, grandes nubes de humo de su tauary, mientras aspiraba grandes tomas de caragirú de la luna.

171 Entretanto Ualri, después de aquella terrible venganza, ya no se quitaba el talismán de la nariz.

172 Cuando la noche se volvía hacia el alba, todos sus huesos parecían transformados en instrumentos, y se oían claramente los sonidos que salían de ellos.

173 Sus compañeros conocieron enseguida que en Ualri había algo extraordinario.

174 Y Ualri, antes del Sol, salió de la casa y voló.

175 El payé, que todavía estaba sobre el techo de la casa del tuxaua, lo vio y lo oyó cuando pasó sobre la aldea.

176 Las jóvenes, apenas cantó el buá-buá, partieron hacia la Jurupari-oca y, al llegar, encontraron a Ualri ya de vuelta; y Diadue, ya instruida por el payé, lo abrazó con toda muestra de afecto.

177 «Buenos amigos, venimos a invitaros a venir a la aldea; todo está listo, solo se espera vuestra llegada para empezar la danza; no dejemos pasar el tiempo.»

178 «Vamos», respondieron ellos.

179 Cuando se acercaban a la aldea, Ualri soltó el brazo de Diadue y voló a una palmera, y sus huesos comenzaron a tocar una música festiva que todos desconocían.

180 «Ahora», dijo Diadue, «bebamos y bailemos, aturdamos nuestros corazones hasta mañana.»

181 Y el cachiry y el capy se ofrecían cada vez con más frecuencia, pero hasta la tarde Ualri se mantuvo en sí, mientras sus compañeros estaban borrachos desde hacía mucho.

182 Y el payé, que con su propio soplo había hecho las bebidas más fuertes que de costumbre, se maravillaba de que resistiera tanto.

183 Y Ualri bebía, bebía y no sentía nada, y cuando llegó la noche voló y volvió a la Jurupari-oca.

184 «Ahora», gritó el payé, «es el momento de quitarle el amuleto que lo protege, ahora que va a pasar un instante adormecido; pero hay que ponerse ya en camino.»

185 Enseguida Diadue se puso en camino con algunos compañeros, y cuando llegaron a la casa Ualri ya estaba de pie, y de sus huesos salía aquella misma música festiva ya oída, pero desconocida de todos.

186 Y el urutau (ave nocturna) comenzó a chillar en el camino, y él voló de nuevo a la aldea.

187 Y Diadue volvió corriendo con sus compañeros, y cuando llegó a la sala de la fiesta, Ualri estaba sentado en un rincón, y de sus huesos salía todavía aquella misma música festiva, pero muy queda.

188 El payé dijo entonces al tuxaua que los muchachos habían muerto en aquel momento.

189 «Y ahora, para escarmiento de sus compañeros, acabemos con él, antes de que se nos escape y eso sea imposible.»

190 Y untó con manufá (planta usada por los indígenas como perfume y como remedio contra las hemorragias) a los hombres que debían apoderarse de Ualri, única pussanga que podía vencer a la maracaimbara que lo defendía.

191 Y ordenó a Diadue que durante la lucha, aprovechando un momento favorable, procurase quitarle la maracaimbara que Ualri escondía dentro de la nariz.

192 Se hizo como él había dicho.

193 Cuando el Sol llegó a la mitad del cielo, el payé entró en la sala y se precipitó enseguida sobre Ualri, y los dos se hicieron uno solo y cayeron al suelo.

194 Los hombres, que ya estaban preparados, escondidos en la sala de ayuno de las muchachas, corrieron al lugar de la lucha, provistos de cuerdas para atar a Ualri.

195 Diadue se le echó enseguida a la cabeza para quitarle el amuleto; pero él, conociendo su intención, con un esfuerzo supremo se sacó con una mano la maracaimbara de la nariz y se la tragó.

196 De los huesos de Ualri, en el ardor de la lucha, salía una música espantosa.

197 Sus compañeros, mal despiertos y con la cabeza pesada por la borrachera, asistían a todo con los brazos cruzados.

198 Después de una lucha de dos espacios de tiempo, Ualri quedó vencido, porque el payé le echó encima una cuia de manufá rallada, que enseguida le hizo perder las fuerzas.

199 Y fue atado y arrastrado al centro de la sala; y entonces preguntó a sus enemigos:

200 «¿Por qué me hacéis esto?»

201 «¿No sabes por qué? ¿Qué has hecho de los muchachos que fueron a recoger uacú?»

202 «¿Es por eso? Ellos quisieron hacerme morir, y yo me vengué.»

203 «Si atentaron contra tu vida, no fue a sabiendas. Eran muchachos inocentes y no conocían más que dos cosas en la vida: la dulzura de los frutos que buscaban en el bosque para comerlos y la dulzura del seno de sus madres, donde de noche se dormían cansados de las fatigas del día.»

204 «Quisiste ignorarlo; por eso morirás, pagando con la vida la maldad de tu corazón. Cuando los uacurauas empiecen a volar sobre nuestras cabezas, morirás.»

205 «Ya que debo morir», dijo Ualri, «pónganme encima de una hoguera, con el pecho vuelto hacia el cielo. Y cuando mi cuerpo esté ardiendo, te ruego que vengas a mirar mi vientre, porque de ahí ha de salir mi pussanga; tómala y dásela a Diadue como recompensa de la traición que me ha hecho.»

206 Y cuando el Sol desaparecía y los uacurauas empezaban a volar, llevaron al condenado al lugar del suplicio.

207 Y a lo largo del camino sus huesos cantaban una música nueva, y el payé dijo al tuxaua:

208 «Es la música de Jurupari.»

209 Y cuando Ualri vio la hoguera en que debía morir, exclamó: «¡Amarga Diadue! ¡No sabía que tu belleza me había de costar tan cara! Pero ten por cierto y grábate bien esto en la mente: mañana seré vengado.»

210 El Sol había desaparecido y numerosos uacurauas volaban sobre la cabeza de los Nunuiba, y el payé hizo arrojar al condenado a la hoguera.

211 De la boca de Ualri no salió un gemido.

212 Cuando su cuerpo comenzó a arder, el payé se acercó para ver si salía de él la maracaimbara. En ese momento se oyó un estruendo espantoso que sacudió la Tierra, y del vientre de Ualri salió y se alzó una passyua (especie de palmera), que subió hasta chocar contra el cielo.

213 Al mismo tiempo, un viento impetuoso barrió parte de las cenizas de Ualri y las depositó en la selva vecina, y cuando todo volvió a la calma, de ella partieron gritos y cantos, como de gente.

214 Los que asistían huyeron espantados al ver tantas cosas extraordinarias en tan poco tiempo.

215 El payé fue el único que se quedó junto a la hoguera, fumando su tauary y escrutando el porvenir a través de su imaginación.

216 En la aldea nunuiba nadie durmió aquella noche, esperando el regreso del payé; pero llegó el día y el payé no apareció.

217 Entonces el tuxaua Nunuiba resolvió ir a buscarlo con sus guerreros, y cuando se acercaron a la palmera colosal, oyeron claramente la voz del payé, que decía:

218 «Ni un paso más, si no queréis experimentar los dolores que yo sufro. De las cenizas de este myra uçarra (antropófago) no solo ha nacido una nueva especie de gente, sino una infinidad de animales venenosos, contra los cuales mi ciencia casi nada vale; y esa gente nueva me ha tirado piedras toda la noche. Mi tauary y mi caraiurú no tuvieron fuerza para hacerme tocar siquiera su sombra: estoy vencido, ellos son más poderosos que yo. Estos animales que están sobre mi cuerpo son terribles».

219 Pero el tuxaua y sus guerreros no hicieron caso de sus advertencias y se acercaron a él.

220 A pocos pasos de la palmera, serpientes e insectos venenosos de todas las especies se arrojaron contra Nunuiba y sus guerreros, que, por diestros que fueran, no pudieron esquivarlos; todos fueron mordidos y, apenas mordidos, se retorcieron aullando en el polvo.

221 «Ahora», dijo el payé, «sufrid el fruto de vuestra obstinación, hasta que aparezca alguna mujer que pueda daros el remedio».

222 Todos los ojos se volvieron hacia la aldea.

223 «Diadue viene hacia aquí. Que vaya al ygarapé y vuelva con agua».

224 Y transmitida la orden, Diadue fue al ygarapé y volvió con un curuatá lleno de agua, y lo depositó a los pies del payé.

225 «Ahora», dijo este, «siéntate encima y lávate por dentro las partes genitales, y luego dame el agua para beber».

226 Así lo hizo Diadue, y cuando el payé hubo bebido, en ese mismo instante cayeron al suelo todos los animales que lo atormentaban y cesaron todos los dolores.

227 Y pasó el agua a sus compañeros, que enseguida quedaron libres, mientras las tocandiras, las arañas, las serpientes y los demás bichejos venenosos quedaron mortalmente envenenados por ella.

228 «Antes de dejar estos lugares, donde han tenido origen, además de este pueblo de gente invisible, sin ley ni corazón, todos estos animales venenosos que antes no existían, escuchadme y sabréis.»

229 «Contra ellos todos poseemos el contraveneno: el hombre para la mujer, la mujer para el hombre; pero nadie puede curarse a sí mismo. Basta el contacto de la parte herida con el sexo diferente o, no siendo posible de otro modo, el agua en que este fue lavado.»

230 «Estas hierbas que van naciendo alrededor de la passyua son todas terribles maracaimbaras si se usan para hacer el mal; pussangas, si para hacer el bien.»

231 «La raíz de este bejuco es un veneno potentísimo y, unida al aguijón de estos insectos, bastará ponerla en contacto con la sangre para matar instantáneamente: es el uirary.»

232 «Pero también él tiene su pussanga: los excrementos humanos, los de los gusanos de la playa, la sal, la espuma de las cascadas, disueltos en agua y bebidos, sanarán a quien los beba.»

233 «Pero en cuanto a esta gente nueva, que de hoy en adelante llamaremos Uancten-mascan (gente del jurupari, en dialecto tucano), serán en adelante enemigos de todos los hijos del Sol.»

234 «Son seres fuertes, superiores a mi poder, y con toda mi ciencia de payé no pude tocar siquiera su sombra.»

235 «Ahora que he hablado, volvamos a la aldea; pero que cada uno cuide su cabeza: los Uancten-mascan, aunque invisibles, nos arrojarán tantas piedras que será imposible que alguno no resulte herido.»

236 Y cuando empezaron a volver a la aldea, comenzaron a caer piedras por todas partes, y pocos fueron los que no quedaron heridos.

237 Diadue recibió en la frente una gran pedrada que la derribó desmayada.

238 El payé y el tuxaua la llevaron a su casa.

239 Ruidos de gente invisible turbaron durante toda aquella noche la paz de la aldea.

240 Diadue sanó con el tiempo, pero la herida le cambió por completo la figura.

241 Aquel rostro, que había sido el espejo de la belleza nunuiba, era horrendo.

242 Y pocas lunas después, yendo a bañarse donde el agua se remansa al pie de la cascada, Diadue se espantó de su propia fealdad, que vio reflejada en las aguas, y desesperada se arrojó a los remolinos de la cascada, donde desapareció para siempre.

243 Jurupari tuvo noticia del triste fin de Ualri. Una mariposa negra se le posó en la mano y dejó en ella una gota caliente de sangre; entonces sintió que le faltaba el valor.

244 Vivía en la tristeza en aquel lugar donde un triste deber de justicia lo había llevado a castigar a su propia madre.

245 ¿Qué había sucedido a orillas del Aiary?

246 Estaba en su mano saberlo, bastaba con recurrir a su matiry; pero se apoderó de él un desaliento profundo, que lo reducía casi al estado de loco.

247 Ruidos siniestros resonaban por la montaña, acompañados de gemidos dolorosos.

248 Cuando dormía, se le aparecían sus víctimas burlándose de su acangatara (insignia de plumas de los jefes, con que se adornan la cabeza), y muchas veces llegaban incluso a escupirle en la cara; y él lo soportaba todo con resignación. Su madre estaba siempre a la cabeza de las burladoras.

249 Las mujeres Tenuiana, entretanto, no dejaban de conspirar contra él y trabajaban día y noche para sublevar a sus hijos contra Jurupari. Pero estos, más prudentes que ellas, se negaban a obedecer, mostrando para excusarse las figuras de las mujeres ya convertidas en piedras, donde estaba esculpida la historia de su imprudencia.

250 Y ante tantas contrariedades Jurupari se sentía cada día más desanimado, y casi loco se dirigió un día al lugar donde estaban sus víctimas, se arrojó gimiendo a los pies de su desventurada madre y se desmayó.

251 Cuando volvió en sí, el Sol, ya alto, resplandecía sobre el rostro de su madre; y entonces recordó que tenía una misión y que debía cumplirla.

252 Abrazó a aquella fría mujer de piedra, hizo una promesa que confirmaron sus lágrimas y bajó a la aldea.

253 Al día siguiente, cuando el Sol llegó al mediodía, el tauté (especie de tambor enorme) sonó llamando a los hombres a reunión.

254 Y los hombres se reunieron, y cuando estuvieron todos, Jurupari dijo: «Cuando Iacy-tatá (Venus, en ñengatú) esté alta como una mano junta, quiero que todos os encontréis en el lugar de nuestra primera reunión; pero debéis salir de casa sin ser oídos siquiera por las mujeres.»

255 «Antes, no obstante, por la noche, debéis bañaros en el lago y frotaros el cuerpo con hojas de genipá (arbusto usado como antiafrodisíaco), y al volver a casa cada uno debe ponerse en la boca un puñado de uosca (maíz, en cubeo), cuidando de conservarlo hasta que lleguéis a mi presencia. Quien no haga conforme a mis palabras se volverá mudo.»

256 «Y si ahora las mujeres os preguntan: "¿Por qué os llamaron?", responded que os llamé para mostraros un gran uçá (cangrejo) que pesqué en el lago.»

257 Y los Tenuiana notaron que Jurupari estaba triste y que sus ojos indicaban que había llorado; y Jurupari, a su vez, conoció que entre su gente había alguno tan enamorado de su mujer que quizá no sabría guardar el secreto; y para quitar toda ocasión ordenó el baño de genipá y el maíz en la boca.

258 En cuanto los hombres llegaron a sus casas, las mujeres les dijeron: «¿Por qué os llamaron?»

259 «Para ver un gran uçá que el tuxaua pescó en el lago.»

260 «¿Entonces ya es tiempo de que los uçás salgan a tierra?»

261 «Claro; si salió uno, es probable que salgan muchos.»

262 «Si es así», dijeron las mujeres, «iremos esta noche a esperar a los uçás a la orilla del lago.»

263 Y Jurupari, apenas llegó la noche, quiso saber qué había sido de su gente en el Aiary, y sacó del matiry una piedrecita de color y le ordenó que le mostrara lo que les había sucedido a los suyos.

264 Le agradó la Jurupari-oca, admiró la belleza de las Nunuiba, se rió de los viejos; pero cuando llegó a Ualri y a su venganza, arrojó la piedra contra el árbol que sostenía en el centro el techo de la casa.

265 La piedra se deshizo en polvo, y este se convirtió en luciérnagas que vinieron a ensuciar la oscuridad de la noche.

266 Cuando Iacy-tatá estuvo a la altura indicada, los Tenuiana salieron de sus casas, y las mujeres, que estaban esperando a los uçás a la orilla del lago, ni siquiera lo sospecharon; ellos se encaminaron hacia la montaña, y cuando llegaron, Jurupari ya estaba sentado en el centro de una ancha estera de uaruman (especie de palmera), en la que ordenó que todos tomaran asiento para oírlo mejor.

267 «Anoche hice una promesa que tengo que cumplir, y vosotros todos conmigo, que tenéis a vuestras madres junto a la mía.»

268 «Me vi obligado a dar una muestra de mi poder, para que también los que no saben obedecer lo respetaran, y estas piedras lo demuestran.»

269 «Pero todavía no fue suficiente: y aquellas mujeres que ahora están a la orilla del lago piensan que, por haberme elegido tuxaua, debían tenerme esclavo de su voluntad; pero todos los que me escuchan saben que he venido a reformar los usos y las costumbres de los habitantes de todas las tierras.»

270 «Cuando estemos a orillas del Aiary, os diré lo que debemos hacer; pero en verdad, quien no cumpla mis órdenes será castigado de un modo terrible.»

271 Calló. La gente, que no movía un párpado mientras él hablaba, esperaba que continuase; pero de su boca no salió una palabra más.

272 Miraba distraído a Iacy-tatá, como si estuviera conversando con ella.

273 Los Tenuiana, cuando vieron que ya no había motivo para estar atentos, fueron a tenderse sobre la estera, hasta que la madre del sueño vino a separarlos de su propio espíritu.

274 Cuando despertaron al soplo del viento que murmuraba entre las hojas de la selva, se encontraron todavía sobre la estera donde se habían adormecido, pero ya a orillas del Aiary, sobre la Jurupari-oca.

275 «Sabed que estamos a orillas del Aiary», dijo Jurupari, «y antes de dejar este lugar, donde en adelante celebraremos nuestras reuniones, os enseñaré lo que hay que hacer, pues no quiero castigar más a nadie.»

276 «Los hombres deben tener el corazón fuerte para resistir a las seducciones de las mujeres, que muchas veces procuran engañarnos con caricias, como sucedió con los viejos que mandé aquí.»

277 «Si las mujeres de nuestra tierra son impacientes, curiosas y habladoras, estas son peores y más peligrosas, porque conocen parte de nuestro secreto.»

278 «Pocos les resisten, porque sus palabras tienen la dulzura de la miel de las abejas, sus ojos tienen la atracción de la serpiente, y todo su ser tiene seducciones irresistibles, que comienzan por agradar y acaban por vencer.»

279 «Estas palabras mías no son para haceros huir del contacto de las mujeres, sino solo para que podáis resistirles y ellas no se apoderen de nuestro secreto, que solo los hombres pueden conocer.»

280 «Ualri, aunque viejo y encorvado por la madurez de sus años, con los sentidos ya fríos, se dejó seducir por ellas, reveló parte de nuestros secretos, pero pagó con la vida la traición.»

281 «Quien se crea bastante firme de mente y fuerte de corazón puede enfrentarlas.»

282 «Y ahora entremos en casa; pero cuando la noche llegue a la mitad del cielo, debéis estar todos aquí de nuevo.»

283 Cuando entraron en la Jurupari-oca, encontraron a los cuatro viejos a punto de morir de hambre.

284 Desde el día siguiente a la muerte de Ualri se habían recogido allí dentro, dispuestos a dejarse morir de hambre, porque no hallaban excusa con que explicar la ausencia del compañero.

285 En cuanto Jurupari los vio, conoció enseguida su pensamiento y dijo:

286 «¿Creéis, pues, que la muerte puede hacer desaparecer la ligereza que habéis cometido?»

287 «No es gran vergüenza para un joven ser vencido por una mujer; pero cuando los cabellos ya dicen que la juventud va lejos, es una ligereza digna de castigo.»

288 «Y ahora vayan algunos de vosotros al bosque y tráiganme hojas de yuacaua (Oenocarpus bacaba), para que podamos pescar sin demora; hay que salvar a estos viejos insensatos.»

289 Y vinieron las hojas de yuacaua; y él las trenzó y, sacando de su matiry un trozo de resina de cunauarú (batracio que se hace el nido, dicen, con resina de plantas aromáticas), frotó con ella la red nueva y ordenó que fueran

a pescar con ella en el río.

290 Cuando los pescadores tiraban de la red hacia tierra, entraba por la puerta, saltando fuera del agua, tal cantidad de iuhy (pequeña rana), que la sala principal pronto quedó llena.

291 «Preparad de comer para los viejos; después, que cada uno se ocupe de sí.»

292 Llegó la hora de la reunión, y los Tenuiana se encontraron sobre la casa de Jurupari.

293 «Antes de seguir diciéndoos las leyes que deben regular los usos y las costumbres de la gente de esta tierra», empezó Jurupari, «quiero primero contaros una historia que nos concierne:

294 — En el principio del mundo, el Señor de todas las cosas apareció en la Tierra y dejó en ella un pueblo tan feliz que pasaba la vida solo bailando, comiendo y durmiendo.

295 En aquel tiempo los usos de los habitantes de la Tierra no permitían que nadie bailara con otra mujer que la suya, so pena de tener que darse muerte con sus propias manos o ser quemado vivo.

296 En cuanto alguien nacía, sus padres le procuraban compañero para evitar que más tarde se quedaran solos.

297 Ahora bien, sucedió que las mujeres nacían en mayor número, de modo que superaron el número de los hombres, y el tuxaua mandó construir un lugar donde se recogieran las solteras, esperando a que se les pudiera dar esposo.

298 Y en un lugar aparte estaban también recogidos los viudos, y allí esperaban la muerte, pues se consideraba que con la pérdida del compañero su misión había terminado.

299 Una hermosa muchacha, cansada ya de esperar que el tiempo le diera un esposo, resolvió huir y buscar la muerte en la tristeza de la selva, único remedio que le sugería su infortunio, pues no sabía que existiera otro pueblo donde pudiera refugiarse.

300 Antes del alba salió de la aldea, siguiendo el camino del Sol y prometiéndose no volver más.

301 Caminó todo el día y al anochecer se refugió en la sapopema (raíz aplanada) de un árbol y allí durmió.

302 Cuando la noche ya había pasado de la mitad, despertó y oyó claramente risas y conversaciones de gente.

303 Al principio pensó que aquello era efecto de un sueño y se llevó las manos a los ojos; pero sintió que estaba despierta, y entonces se convenció de que era gente y de que se hallaba cerca de alguna maloca.

304 Oyó perfectamente la voz fresca de un joven que decía:

305 «Ayer, cuando estaba pescando con timbó en el ygarapé Dianumion, vi pasar cerca de mí a una joven que me pareció muy triste; al menos así lo mostraban sus ojos, que estaban llenos de lágrimas.»

306 «Quise hablarle, pero estaba tan triste que no me atreví; la dejé pasar y no la importuné, respetando con mi silencio su dolor.»

307 «Era hermosa como un coaracy-uirá (pájaro del Sol); y vino en esta dirección.»

308 «Hiciste mal», dijeron otras voces; «en cuanto aparezca el Sol iremos a buscarla, porque es sin duda de la tribu de los Bianacas; quizá perdió su camino y ahora anda errante sin saber cómo volver a encontrarlo.»

309 «Si la encontramos, le propondremos que sea esposa del hijo de nuestro tuxaua, y si se niega, la llevaremos de vuelta con los suyos.»

310 Ella oyó esta conversación y tuvo la tentación de arrojarse en brazos de sus salvadores.

311 Cuando el Sol comenzó a teñir de rojo las raíces del cielo, los jóvenes salieron a buscar las huellas de la muchacha y, siguiéndolas, dieron con la sapopema donde se había refugiado.

312 Cuando ella oyó acercarse el ruido de sus cazadores, fingió dormir; y ellos se acercaron, y el joven hijo del tuxaua, a quien había sido prometida su mano, quedó verdaderamente encantado ante muchacha tan hermosa.

313 Se sentó junto a la dormida y, acercando la boca a su oído, murmuró:

314 «Hermosa muchacha, ¿qué haces tan lejos de tu patria?»

315 Y ella fingió entonces despertar y, mirando asustada a su alrededor, dio un grito y comenzó a derramar lágrimas a raudales, que apagaron el fuego de sus ojos.

316 «Hermosa muchacha, ¿qué haces tan lejos de la patria?»

317 «Busco la muerte.»

318 «¿Eres, pues, tan desdichada que buscas la muerte? Cuando se tienen ojos que brillan como el sol, cabellos negros que relucen como las estrellas del cielo, labios suaves como la piel del eshauin (pequeño desdentado de

pelo finísimo), senos intactos que huelen como las flores del umiry, quien se parece a la yudcaua, ¿cómo puede ser desdichada?»

319 «Y no obstante no siempre la juventud», dijo la muchacha, «trae consigo la felicidad; yo soy una de esas desdichadas a cuyas penas solo la muerte puede dar remedio.»

320 «Si está en mis manos poner fin a tu dolor, dímelo; porque si fuera necesario ir hasta donde acaba el mundo a buscar tu descanso, yo y estos compañeros míos iremos hasta donde acaba el mundo, con tal de ahorrarte el llanto que derramas y que ya siento quemarme el corazón. Casémonos, que seremos felices; pero si quieres volver con los tuyos, yo te llevaré de vuelta, aunque en verdad mi corazón se quedará contigo.»

321 «Hermoso joven, ya que te dueles de mi desgracia, sería yo una muchacha sin corazón si rehusara lo que me ofreces; desde este momento soy tuya, puedes llevarme contigo, que desde este momento seré tu compañera hasta que la muerte nos separe. Pero una cosa te pido: no me preguntes nunca qué causas me trajeron aquí.»

322 «Te prometo no preguntarte nunca qué causas te trajeron aquí, porque no eres la única que tiene que sufrir el veneno de nuevas heridas. Levántate y vamos a mi maloca, donde encontrarás hombres de quienes ya eres señora.»

323 Y cuando pasaban las fuentes del Dianumion, el joven hizo detenerse a la muchacha y le pidió que machacara las hojas de una hierba que le ofreció, que se frotara con ellas todo el cuerpo y se zambullera en el manantial.

324 Y ella hizo lo que él dijo, y cuando salió del baño estaba transformada en jacamí (agamí), como lo estaban todos sus compañeros.

325 La muchacha había pasado a formar parte de la tribu de los Jacamy.

326 Algunas lunas después, Dinari (este era el nombre de la doncella) sintió en sus entrañas que estaba próxima a ser madre, y se lo dijo a su marido.

327 Se pusieron enseguida a hacer un nido para poner en él los huevos, y Dinari estaba contenta, porque ya se imaginaba ver alrededor de sí a sus polluelos cubiertos de plumón.

328 Pasó una luna, vino la segunda, entró la tercera, y Dinari ya no podía tenerse en pie; y entonces ambos conocieron que la pussanga no la había transformado por completo y que, por mucho que estuviera mudada en ave, lo que tenía en el vientre eran seres humanos.

329 Ella pidió entonces a su marido que le devolviera su primera forma, para escapar así a una muerte segura y salvar a los hijos, que ya daban señales de vida.

330 Y el marido la llevó hasta el Dianumion y, hecha la misma pussanga, se la dio a beber y la volvió a su ser primero.

331 Cuando Dinari cumplió diez lunas, dio a luz un varón y una hembra.

332 Y la niña tenía en la frente un montón de estrellas, y el niño, desde la frente hasta los pies, una serpiente de otras tantas estrellas.

333 Los dos niños no tenían nada de la raza del padre; se parecían a la de la madre, y tenían además las estrellas con que nacieron.

334 Cuando llegaron a la edad de la niñez, un día el niño preguntó a su madre por qué quería tantos ilapáy (jacamíes, en uynamby), que no sirven más que para molestar a quien duerme de noche.

335 «Antes de que vosotros nacierais, no tenía con quién pasar el tiempo y me puse a criar estos pájaros; y ahora los quiero como te quiero a ti y a tu hermana, y te pido que nunca les hagas daño; son buenos compañeros, y yo moriría de dolor si un día se me escaparan. Mañana tengo que ir muy lejos de aquí a buscar nuestro sustento, y para que no os quedéis solitos, una parte de ellos tendrá que quedarse a haceros compañía a ti y a tu hermana.»

336 El niño no preguntó nada más; se puso a hacer dos arcos y tantas flechas como pudo, para probarlas contra los jacamíes en ausencia de la madre.

337 Los niños, desde el día en que nacieron, dormían solos, encerrados en una habitación donde nadie había entrado nunca de noche.

338 Aquella noche Dinari tenía el corazón inquieto; andaba por la casa sin rumbo, hasta que le vino un deseo irresistible de ver a sus hijos, y entró en la habitación donde estaban durmiendo.

339 Ellos dormían, y las estrellas que tenían en el cuerpo brillaban como las estrellas del cielo, y cuando Dinari vio aquello retrocedió asustada.

340 Presa de un terror que no comprendía, llamó a su marido para que viera cómo brillaban aquellas estrellas.

341 Y el marido vino, y entraron juntos donde dormían los niños.

342 Él se quedó largo rato mirando sin decir una palabra, salió fuera e interrogó a Dinari:

343 «¿Qué quieren decir estas estrellas en nuestros hijos?»

344 «No sé.»

345 «¿No habrás tenido a estos niños con otro?»

346 «¿Y cuándo podía serte infiel, si nunca nos hemos separado? En verdad me parece que quieres echar sobre mí lo que debes atribuir solo a la madre de las cosas.»

347 «Si tus hijos fueran míos, primero habrías puesto los huevos, de los que después habrían salido mis verdaderos hijos, que se me parecerían. Pero todo salió al revés; y ahora, para que dude aún más, tienen estrellas que brillan como las del cielo. No te diré nada más; solo te propongo que abandones a estos niños y huyas conmigo.»

348 «¿Yo abandonar a mis hijos? ¡Jamás!»

349 «¿Te niegas? Puedes quedarte: mañana ya no me encontrarás entre los míos, y sin que tú me veas, he de descubrir lo que me ocultas.»

350 Y dicho esto desapareció en medio de la sombra de la noche.

351 Cuando llegó el día no se oyó cantar ni un solo jacamí; solo el urutau, a los lados del camino, soltaba sus risas estridentes.

352 Entretanto el tuxaua de los Jacamy, con los suyos, se dirigía a las orillas del Dianumion, donde hicieron una gran hoguera, arrojando en ella una cantidad de frutos de piquiá.

353 Y todos se pusieron en rueda, y cuando estuvieron todos en su sitio, el más viejo preguntó:

354 «¿Por qué nos ha llamado nuestro tuxaua?»

355 «Aquí estoy dispuesto a decirlo: pienso que mi mujer me ha traicionado.»

356 «¿Y por qué crees eso?»

357 «No puso huevos como las hembras de nuestra tribu, y sus hijos tienen en el cuerpo una cantidad de estrellas que brillan como las estrellas del cielo. ¿Será esto indicio de infidelidad?»

358 «¿No ves que en tu unión con una raza superior a la nuestra, la madre de las cosas debía escoger, para ser fecundada, la mejor semilla?»

359 «Pero... ¿y las estrellas?»

360 «Dime la verdad. ¿Nunca te uniste a Dinari después de haberle devuelto su forma primitiva?»

361 «Muchas veces.»

362 «¿Qué postura tomaba entonces tu mujer?»

363 «Con el rostro vuelto hacia el cielo.»

364 «Ahora todo se sabe. Ella sentía más placer en su forma primitiva que en la nuestra, y fue en una de esas ocasiones cuando concibió, teniendo ante los ojos las estrellas del cielo, que dejaron su imagen en los dos niños como recuerdo de un momento lleno de dulzura. ¿Y es por eso por lo que la acusas y quizá ya la querías abandonar? Vuelve a tu casa, muéstrate amoroso con tus hijos y con tu mujer, que en eso consiste la felicidad de los esposos; y no acuses más a tu mujer sin haber visto con tus propios ojos.»

365 «Tus razones son verdaderas y volveré a casa; pero ahora quiero que, para dar una sorpresa, nos tiñamos el dorso con la ceniza del piquiá, para que no nos reconozcan en cuanto nos vean.»

366 «Sabes que siempre estamos dispuestos a acompañarte en todos tus caprichos, pero te pedimos que hoy mismo vuelvas a tu casa.»

367 Cuando apareció el día, Dinari partió a buscar comida, y sus hijos la vieron perderse en las vueltas del camino de siempre.

368 «Hermana, vamos a probar nuestras flechas en los jacamíes.»

369 «Vamos.»

370 Y hicieron un agujero en la pared y desde él comenzaron a flechar a los jacamíes con tanta seguridad que ninguna flecha erró el blanco.

371 Y cuando cayó el último de los que se habían quedado en el lugar, salieron de casa para ver lo que habían hecho y llevaron a la selva vecina los restos de los pobres jacamíes, que tanto los molestaban de noche con su canto.

372 Terminada esta hazaña, estaban por retirarse a casa cuando oyeron el ruido de los otros que llegaban, y enseguida fueron a ponerse otra vez al acecho.

373 Vieron que tenían el dorso ceniciento y que no eran iguales a los que habían matado; pero, a pesar de ello, comenzaron a apuntarles con tanta precisión que pocos momentos después el último de ellos caía muerto.

374 De la matanza solo escaparon algunas hembras que estaban empollando.

375 Así el tuxaua de los Jacamy moría a manos de sus propios hijos.

376 Si Dinari no hubiera tenido vergüenza de revelar a sus hijos su propio origen, nunca habría ocurrido esta gran matanza, que todavía hoy recuerda la gente; pero ellos ignoraban qué lazos existían entre su madre y los des-

venturados jacamíes.

377 Cuando Dinari volvió y se topó con sangre por todas partes, pensó que su marido había matado a sus hijos, y corrió dentro de la casa y los encontró jugando tranquilamente, y preguntó:

378 «¿Qué ha sucedido hoy aquí, que veo sangre por todas partes?»

379 «Muchas cosas, mamá: una bandada de jacamíes de dorso blanquecino vino aquí a hacernos daño a mí y a mi hermana, y nosotros, con nuestras flechas, los hemos matado a todos.»

380 «¿Dónde están los cuerpos de los jacamíes?»

381 «Los hemos amontonado al pie del ucuquy, en el camino.»

382 Dinari corrió enseguida adonde crecía el ucuquy y quedó espantada ante la cantidad de muertos hechos por los dos niños; y en medio de ellos reconoció a su propio marido y, casi loca, se arrojó sobre su cuerpo diciendo:

383 «¡Ay! ¡Con demasiada dureza fue castigada tu imprudencia! Cambiaste el color de tu dorso para que tus hijos te mataran.»

384 «¡Daría todo mi corazón por no verte muerto; quisiera poder presentarte a mis hijos y decirles el vínculo que nos unía! Ahora todo ha terminado.»

385 Y ella no quiso quedarse más en aquella tierra, donde había sido tan feliz y donde ahora era tan desgraciada.

386 Cuando el urumutú (especie de paují) anunciaba el alba, Dinari y sus hijos partieron caminando hacia el oriente.

387 Caminaron el día entero, y ya cuando el día se entristece llegaron a la cumbre de una montaña desde donde se divisaba la maloca de los Bianacas; y Dinari reconoció su antigua morada, se sentó sobre una piedra, llamó a sus hijos junto a sí y, abrazándolos, comenzó a llorar.

388 Los niños veían a su madre llorar a lágrima viva y no sabían por qué, y el niño preguntó:

389 «Mamá, ¿por qué lloras? ¿Tienes sed, tienes hambre? Dime qué tengo que hacer para que no llores. Aunque tuviera que volcar esta montaña con las raíces hacia el cielo, lo haré.»

390 «No tengo hambre ni sed; solo me lamento de que mañana tendremos que vivir bajo las rigurosas costumbres de aquella gente, por lo cual tendremos que separarnos a la fuerza. Yo iré a la casa de los inútiles, tú a la de los solteros y tu hermana a la de las doncellas, de donde ninguno de vosotros debe esperar salir hasta que encuentre esposo, y yo, hasta que venga la muerte.»

391 «¿Y quién ha de consentir en semejante separación? Yo, desde luego, no. En verdad te he dicho que, si fuera necesario volcar esta montaña con las raíces vueltas al cielo, lo haré, porque puedo; y para que no dudes de mis palabras, que lo vean tus ojos.»

392 Y el hijo de Dinari tomó una peña de la altura de tres hombres de pie y la lanzó sobre la aldea, y la piedra fue a caer casi encima de la casa de las doncellas, con tal estruendo que la Tierra entera tembló.

393 Y los habitantes de la maloca salieron de sus casas y buscaron la causa de tamaño estruendo.

394 Nadie lograba explicarse lo que había sido, cuando vieron en lo alto de la montaña dos grupos de estrellas brillantes que caminaban hacia ellos.

395 El tuxaua fue el primero en ver aquella novedad y dijo:

396 «¿Queréis ver que fueron aquellas estrellas que cayeron del cielo? En verdad, solo algo así podía hacer temblar la Tierra y producir al caer un estruendo tan espantoso. Vamos a cogerlas, pues la ocasión es buena para tener para nosotros la belleza de las mujeres. (Las manchas hepáticas, que se consideran una belleza y que se cree que son gotas de sangre de las estrellas caídas en la tierra.) Si ellas no tienen malas intenciones contra los hijos de la Tierra, podemos esperar obtener remedios con que nuestras mujeres han de estar muy contentas. Pero, o me engañan los ojos, o vienen hacia nosotros.

396.2 En verdad se mueven en esta dirección. ¿Quién sabe si no vienen de parte del Sol a traernos órdenes de Uàn-Masquîn? Pronto lo sabremos; pero, por si acaso, armémonos, porque bien podrían haber venido del cielo solo para combatirnos.»

397 «¿Quién se atrevería», gritó el tuxaua, «a venir a atacar a los Bianacas, sabiendo que siempre seremos los vencedores?»

398 Cuando Dinari llegó cerca de su antigua morada, se sentó precisamente encima de aquella gran piedra que su hijo había lanzado poco antes y de la que solo asomaba una pequeña parte, apenas de la altura de dos manos.

399 Los Bianacas corrieron enseguida hacia los recién llegados, formando a su alrededor un gran círculo. Nadie reconoció a Dinari.

400 «Hijos del cielo», dijo el tuxaua, «¿qué queréis de mí?»

401 «Un refugio para mí, para mi madre y para mi hermana, para vivir en paz en tu Tierra.»

402 Todos quedaban maravillados ante aquel niño, de aspecto tan diferente del suyo y que hablaba con tanta franqueza.

403 Sus estrellas brillaban tanto que hacían temblar la vista de quienes las miraban fijamente, y muchos se ponían la mano delante de los ojos para no quedar deslumbrados.

404 «Ya que solo pides un refugio para ti y tu familia», dijo el tuxaua, «ya lo tienes: por hoy puedes acomodarte en esta casa, y mañana pondré todas las cosas en su sitio.»

405 «Bien», dijo el niño, «tus palabras me agradan. Mi familia y yo, nacidos y criados en la tierra de los Ilapay, tenemos usos y costumbres diferentes de los tuyos; y como tú quieres todo en su sitio, sé que yo y los míos viviremos juntos según nuestros usos y costumbres.»

406 «Y para mostrarte que pienso como tú, voy a volver a poner en el mismo lugar esta piedra que arrojé aquí para avisarte de mi llegada.»

407 Y tomando la piedra con una mano, la arrancó del seno de la tierra y la arrojó sobre la montaña, donde fue a caer renovando el estruendo que habían oído poco antes.

408 Los presentes vieron entonces cuán grande era la piedra y quedaron tan espantados que a la mayoría se le doblaron las piernas.

409 Que un niño que apenas medía tres pies de alto arrojara a la distancia, por así decir, de dos gritos (casi un kilómetro) una peña como aquella, que todos ellos juntos habrían sido incapaces de mover, era algo jamás visto

desde que nació el mundo.

410 Dinari y sus hijos entraron en la casa, y los Bianacas se retiraron espantados.

411 En la casa había todo lo necesario.

412 «Mamá, ¿sabes?, mañana por la mañana iré a casa del tuxaua y él me preguntará cómo me llamo; tú todavía no me has dado un nombre, y yo ya lo he escogido: me llamo Pinon (serpiente, en tucano), y mi hermana, Meenspuin (fuego de las estrellas, en tariana y cubeo).»

413 Los habitantes, después de retirarse de allí, se reunieron en la casa del tuxaua para saber qué pensaba él de aquella gente, hija del cielo.

414 Unos decían que era bueno permitir que se quedaran entre ellos, porque de lo contrario aquel niño podría enfadarse y destruir aquella maloca, arrojando sobre todas las casas peñas como la que había vuelto a arrojar sobre la montaña.

415 Otros, que había que tratarlos bien para no provocar la ira del niño, pues de no ser así podrían sentir los efectos del mal que les causaran.

416 Las mujeres esperaban que aquel niño pudiera hacer algo en su beneficio y dieron también su parecer. Para ellas, aquel niño que había dado tanto miedo a todos debía de tener buen corazón y nunca les haría daño. Que nadie lo inquietara, porque no hay nadie en el mundo que, ofendido, no busque vengarse. Y ellas no tenían ningún miedo de aquel niño, que quizá todavía mamaba.

417 «Yo también pienso así», dijo el tuxaua.

418 «Yo acojo a cualquiera que quiera vivir a mi sombra, y estaría mal que echara a quien quiere vivir en mi maloca.»

419 «En cuanto a los temores que tenéis, es cosa fácil evitar que nos haga daño: que nadie lo ofenda, y viviremos siempre como buenos amigos.»

420 El sol estaba ya a la altura de la coyuntura de un dedo cuando Pinon fue a casa del tuxaua, que vino a recibirlo en persona.

421 «¿Cómo pasaste la noche en tu casa?»

422 «Perfectamente; solo pensé, y pienso, por qué creíste necesario sacar a los moradores de la casa que me has dado, lo cual hace que mi familia y yo no podamos trabar amistad con tu gente. Por eso vengo a pedirte, si algo merezco ante ti, que le devuelvas sus antiguos moradores, para que podamos trabar amistad con ellos. Créeme, somos buena gente, y hallarás en nosotros personas que sabrán obedecer tus órdenes, como verdaderos hijos de la tierra de los Jacamy.»

423 Y las palabras de Pinon hicieron tanto efecto que el tuxaua atendió enseguida su petición y mandó 17 doncellas a hacer compañía a Dinari y a sus hijos.

424 Pinon, que había conseguido sin esfuerzo realizar uno de sus planes, se frotó las manos de contento.

425 Y después de aquella primera visita al tuxaua fue tenido por gente muy buena, y todo lo que salía de su boca se ejecutaba sin vacilar.

426 Y la ley de la tierra fue perdiendo poco a poco su rigor, y ya se toleraba que los viudos se casaran cuantas veces pudieran.

427 Y una parte del día ya estaba consagrada al trabajo; hasta que las antiguas costumbres de aquella tierra cambiaron de rostro.

428 Pinon y Meenspuin crecían a ojos vistas: en 18 meses alcanzaron todo su desarrollo.

429 Pinon, que ya era un apuesto joven, pero a quien nadie creía capaz de ofender el pudor de las doncellas que vivían en su misma casa, quebrantó las leyes de los Bianacas uniéndose no solo con las vírgenes que estaban bajo su guarda, sino también con todas las viudas, sin que se le escapara ninguna; y todas quedaron fecundadas.

430 El tuxaua supo de la infracción que Pinon había cometido y al principio se ofendió muchísimo, pero luego se calmó pensando:

431 «En verdad, cuando los hijos de Pinon sean hombres, toda la gente de los Ilapy no será capaz de vencerlos, y los Bianacas serán los primeros en valentía.»

432 No se sabe si la condescendencia del tuxaua fue natural o no; lo cierto es que Pinon tuvo desde entonces imitadores.

433 Meenspuin, al llegar a la edad de la pubertad, comenzó a sentir deseos que no comprendía, y estaba tan molesta con ellos que dijo a su madre:

434 «Mamá, sufro un mal de tal suerte que me da un deseo que no sé cómo explicar.»

435 «¿Qué es lo que sientes?»

436 «Cuando mi mal comienza es un picor, un malestar que me da y no me da dolor, y este dolor que no duele me corre luego por todo el cuerpo con unas ganas de morderme toda; al final me siento desfallecer y lloro.

Cuando duermo veo siempre junto a mi hamaca a jóvenes hermosos: ora quieren besarme, ora quieren abrazarme, y yo no sé huir.»

437 «Conozco el mal que tienes, y hoy mismo te daré una medicina para calmar tus dolores.»

438 Llegó Pinon, y su madre le pidió que fuera al bosque a buscarle raíces de brany (muirapuama, en ñengatú) para hacer una medicina para su hermana.

439 «¿Cuál es su enfermedad?»

440 «Necesita un marido, y como no lo hay, quiero curarla con brany, que tiene la propiedad de disminuir tales deseos.»

441 «Si mamá me confiara la cura de Meenspuin, yo iría a dar con ella un paseo por la orilla del río hasta que se le pasara el mal.»

442 «Siempre escuché a mi hijo como si fuera un hombre maduro en las cosas del mundo; haz, pues, lo que creas en provecho de tu hermana.»

443 «Ya que me das plena libertad para hacer lo que crea bien, partiré mañana. Tú te quedarás aquí esperando mi regreso, pero no te aflijas, porque quizá no sea tan pronto: será cuando mi hermana esté curada.»

444 Al alba del día siguiente, Pinon y Meenspuin partieron, siguiendo por la orilla del río el curso del agua.

445 Dinari, que era la imagen de la tristeza desde que se le murió el marido, después de que partieron sus hijos lo fue todavía más: lloraba casi aturdida, sin hallar cosa que la consolara.

446 Las amantes de Pinon, para distraerla, le contaban historias hermosas que ella no escuchaba.

447 Huía de la presencia de todos, y un día huyó de la maloca sin que nadie supiera qué dirección había tomado.

448 Las mujeres Bianacas salieron a buscarla, pero inútilmente; no pudieron encontrarla.

449 Dinari había partido en busca de sus hijos, y cuando llegó la tarde subió a una gran peña, donde el Sol la dejó.

450 Cuando volvió el Sol, ella ya no estaba allí: la madre de los peces la había llevado a las profundidades del río, y nadie lo sabía.

451 Pinon, para garantizar la virginidad de su hermana, la llevó hasta la Sierra de las Piedras Blancas, y allí, para llegar a las puertas del cielo, hizo un gancho, y por él subieron hasta la tierra de las estrellas; y allí dejó a Meenspuin, a quien otros llaman Seucy.

452 Esta es la primera historia de las locuras humanas desde que el mundo empezó.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 2

✦

1 Ahora os diré cómo se pobló la Tierra; y esta historia está más cerca y nos pertenece.

2 Pinon, de regreso en la maloca, de donde había estado ausente más de una luna, ya no encontró a su madre, y no había quien pudiera decirle adónde había ido.

3 Recorrió todos los montes y valles de los alrededores; fue a la tierra de los Ilapay, sin encontrar a nadie que le diera noticia de que hubiera pasado gente por allí.

4 Y pasó una luna entera buscando sin hallar nada.

5 Mientras andaba buscando, nacieron sus hijos, entre ellos una niña hermosa que tenía en la frente una linda estrella.

6 Todas las búsquedas de Pinon resultaron vanas; fue entonces a la casa del tuxaua y habló:

7 «Tuxaua, de tu buen corazón depende el resultado de lo que voy a intentar. Hoy se cumple una luna que ando buscando a mi madre: desapareció hace mucho tiempo de tu aldea y, como dueño de esta tierra, tienes tu parte de responsabilidad. Pero no te acuso; solo quiero que me ayudes a buscarla, dándome para ello una parte de tu gente; y procura que mañana sin falta estén aquí, que yo les indicaré la dirección que deben seguir».

8 Y el tuxaua respondió: «Mañana al alba tendrás la gente que necesitas y harás lo que quieras; pero cree en mi palabra de tuxaua que no sé dónde se encuentra tu madre».

9 Y Pinon dijo: «Tú y los tuyos sois inocentes, lo sé; pero tú, que eres el dueño de esta tierra, tienes en ello tu parte de responsabilidad».

10 Aquella noche Pinon fecundó una vez más a todas sus mujeres, que habían aumentado con algunas doncellas; y cuando las primeras alegrías del día iban apareciendo por las raíces del cielo, Pinon estaba ante el tuxaua y dibujaba en el suelo una figura así [un círculo en el que se han trazado cuatro diámetros, inclinados sucesivamente entre sí en un ángulo de 45°] y daba su explicación.

11 «Estamos en el medio de la Tierra, como nos enseña el sol, que cuando está en medio del cielo nos esconde la sombra en el cuerpo. En cada dirección de estas líneas debe ir la cuenta de una mano de casados (5 parejas), que solo volverán cuando hayan encontrado a mi madre o hayan dado con las raíces del cielo. Yo tomo para mí todos estos espacios sin líneas, que recorreré hasta encontraros a todos para volver juntos. Pero en verdad sabed que a quien vuelva sin que se hayan cumplido estas cosas, lo estrellaré contra las piedras de la montaña».

12 Aquel día, cada uno, lleno de tristeza, siguió el camino que se le había indicado, y Pinon, llevando también en brazos a su hermosa hija, siguió por uno de los espacios que había dejado en blanco, reservándolo para sí, abandonando así a sus mujeres, que lloraban; muchas corrieron tras él y quisieron disuadirlo de su resolución, pero no lo lograron. Su amor de hijo era mayor que su amor por ellas.

13 Pasó un año, dos, diez, muchos, sin que se tuvieran noticias ni de aquella gente que había partido ni de Pinon.

14 Y en aquel tiempo murió el tuxaua de los Bianacas, dejando en su lugar a un hijo de Pinon llamado Diatanomion (pato mudo, en tucano).

15 Este nuevo jefe resolvió mandar más gente en busca de la primera; pero nunca más tuvo noticias de ellos, lo que le hizo perder el ánimo; pero Pinon era el amor de las mujeres, y se organizaron nuevas expediciones, compuestas solo de mujeres, en las que tomaron parte todas las doncellas de la tierra.

16 Partieron con la primera luz del día, pero no fueron tristes, como habían partido todas las demás expediciones, sino entre gritos y cantos que se repetían a lo lejos.

17 A Diatonomion le sucedieron otros tuxauas; pero todos ignoraban que aquellas caravanas se habían transformado en populosas malocas.

18 Pinon, después de haber partido de aquella tierra, fue directamente a la tierra de las estrellas y dejó allí a su hermosa hija, a quien había dado el nombre de Jacy-tatá.

19 Cuando volvió a la tierra recorrió el mundo entero, encontrando por todas partes a su paso a aquella gente que, enviada por él en busca de su madre, Dinari, se había convertido ya en pueblos numerosos; y en todas partes dejó hijos, pero nadie reconoció en él al fuerte Pinon, hijo de la tierra de los Ilapay.

20 Fue en ese tiempo cuando apareció en la tierra el primer payé, y fue en la maloca del Cudiacury; y en cuanto Pinon supo que existía ese hombre que veía todas las cosas a través de su propia imaginación, se dirigió hacia allá. Cuando lo encontró, le habló así:

21 «Hijo de las nubes, vengo a preguntarte dónde se encuentra mi madre, que hace mucho tiempo se perdió en la tierra de los Bianacas».

22 «Te lo diré», dijo el payé, «pero es necesario que sepa su nombre para llamar a su sombra».

23 «Se llamaba Dinari».

24 Y el payé puso enseguida en el suelo su matiry, sacó de él el cigarro de tauary y la calabacita de caraiurú de la luna; encendió el cigarro y aspiró una gran toma de caraiurú de la luna.

25 Gesticulaba, gritaba, cantaba, siempre echando grandes nubes de humo. De pronto estalló en una gran carcajada y dijo:

26 «No te falta más que saber adivinar; eres ligero como un pájaro del aire, fuerte como los rayos (estallidos) del cielo. Yo te enseñaré lo que te falta, y tú me ayudarás a enseñar a los fuertes de corazón el secreto del payé».

27 «Estoy dispuesto, pero quiero saber primero qué fin tuvo mi madre».

28 «Ya vas a saberlo. ¡Oh, qué hermosa es tu madre! Pero está lejos, muy lejos de aquí, convertida ya en pez».

29 «¿En qué parte de la Tierra se encuentra?»

30 «Del lado del poniente, en lo alto de una gran montaña, en un lago muy cerca del cielo, adonde la llevó la madre de los peces y la convirtió en pirarara (pirá: pez, arara: guacamayo, en ñengatú)».

31 «¿Puedo sacarla de allí?»

32 «Puedes, pero es necesario que aprendas conmigo el secreto del payé, que fumes de mi tabaco, aspires de mi polvo y ayunes una luna entera, y entonces lo conseguirás todo».

33 «Ya te he dicho que estoy dispuesto a obedecerte en todo, porque quiero que me facilites los medios para recobrar a mi madre».

34 «En verdad, todos estos payés que hoy existen», continuó Jurupari, «fueron todos discípulos de Pinon, y él fue el segundo payé del mundo. El último día que estuvo en la tierra fue aquel en que fecundó a vuestras madres, de quienes también yo desciendo, y en que liberó a su madre y la llevó al cielo, donde viven todos. Y ahora que conocéis nuestra historia, os pido a todos que me ayudéis de buena voluntad a cambiar los usos y las costumbres de los habitantes de la tierra según nuestra ley.

35 En cuanto llegó el día, Jurupari fue con los suyos adonde estaba la passyua nacida de Ualri, y a su sombra contó la historia de su triste origen.

36 «No quiero que nadie sepa que estamos aquí; conviene, pues, derribar este hueso de Ualri sin ruido. ¿Quién de vosotros sube a la copa a cortarle las hojas?»

37 Nadie respondió, y viendo que todos tenían miedo, sacó de su matiry la ollita, puso dentro un trocito de xicantá y la puso al fuego.

38 Enseguida, con el primer hervor, salieron de ella loros, guacamayos, periquitos y otras aves roedoras, que fueron a posarse en las hojas de la palmera y en un instante las cortaron.

39 Y los del séquito de Jurupari, que se habían detenido a la orilla del río a beber, vieron que de las hojas que caían al agua nacían peces armados de dientes agudísimos, cuyas aletas se parecían a aquellas hojas (tarihyra).

40 «El primer trabajo está hecho; ahora pescadme en el ygarapé un pez de dientes grandes y traédmelo, para que pueda derribar este hueso».

41 Ellos fueron y le trajeron una tarihyra, y él le arrancó una quijada y con ella aserró la passyua, que cayó al suelo; pero tan despacio que apenas se oyó, como el vuelo de los pájaros.

42 Jurupari midió y cortó los instrumentos, y cuando tuvo el número necesario, arrojó al agua el resto del tronco de la palmera, que fue tragado por las aguas.

43 «Compañeros, llevad enseguida estos instrumentos a casa, porque vienen hacia aquí no solo los que fueron la causa de la muerte de Ualri, sino también las sombras de las cenizas de Ualri, que quieren apoderarse de nuestros instrumentos».

44 Lo que dijo Jurupari se hizo con la rapidez de una flecha.

45 Cuando Jurupari llegó a casa, echó al agua un grano de sal de carurú (alga que nace en las cascadas), que sacó de su matiry, y enseguida truenos, rayos y una lluvia que daba miedo cayeron sobre la tierra; y así Jurupari se libró de tener que combatir con las sombras de las cenizas de Ualri.

46 Aquella misma noche, en medio de la horrenda tempestad, trasladó la Jurupari-oca a las orillas del Cayary, cerca de la cascada de Nusque-Buscà (casa del pez, en carapanã-tapuya), que hoy se llama cascada de Jurupari.

47 Los Tenuiana se levantaron tarde aquella mañana, porque pensaban que el ruido de la cascada era la continuación de la tempestad.

48 Jurupari les habló así: «Compañeros, ya estamos muy lejos de las sombras de las cenizas de Ualri y de las mujeres que saben engañar a los hombres; pero eso no quiere decir que ya estéis libres de las seducciones.

49 «Estamos cerca de otra tierra, donde las mujeres son hermosas y no son menos que aquellas en astucia y curiosidad.

50 «Ahora acabaré de deciros las últimas cosas acerca de nuestra ley; pero antes quiero que conozcáis el nombre de cada instrumento y por qué se llama así. Sentaos a mi alrededor y escuchad: este es el instrumento jefe, tiene mi altura y se llama ualri, cuya historia todos conocéis.

51 «Este, que tiene el largo de mis piernas, se llama yasmecerenè (jaguar, en tariana), porque es el único animal que se parece al hombre en el valor y a la mujer en los engaños.

52 «Este, del ancho de mi pecho, se llama bêdêbo (pato mudo, en cabéna), cuyo origen fue la curiosidad.

53 «Este, largo como mi brazo, se llama tintabri (tigana, en uaupés). Esta ave nació de una mujer que era muy hermosa, pero que, por hermosa que fuera, se pintaba con urucú para ver si así superaba a las demás en belleza; y por eso el tuxaua de los cujubíes (pelopis) la convirtió en tigana.

[54] «Este, del largo de mi muslo, se llama mocino (grillo, en arapazo), representa la sombra de un hombre-mujer que, no queriendo amar a nadie, vivió siempre escondido, cantando solo de noche, y fue convertido en grillo por la misma madre de la noche.

[55] «Este, largo de dos brazas, se llama arandi (guacamayo, en pira-tapuya), representa a una mujer hermosa, pero sin atractivos ni gusto por los hombres, por lo cual fue convertida en guacamayo por el padre de los iauty.

[56] «Este, que tiene dos pies de largo, se llama dasmae (tórtola, en aroaquy), y representa el corazón de una muchacha que durante su corta existencia se alimentaba solo de frutos silvestres y que, después de muerta, fue convertida en tórtola por su propio padre, que era payé.

[57] «Este, ancho como tres de mis manos, se llama piron (águila, en el dialecto de los Jurupixuna) y representa al payé, porque fue esta ave la que le dio la piedra en que aprendió a ver todas las cosas a través de su imaginación con el tabaco y el caraiurú.

[58] . . . . . .

[59] «Este, del largo de mi espinilla, se llama dianari, y todos conocen ya su historia (pájaro negro, en uynamby-tapuya).

[60] «Este, que va de mi rodilla a la cabeza, se llama tity (paca, en baníua), representa al ladrón y es la imagen de una vieja que vivía solo de lo ajeno y fue convertida en paca por el acuty-purú (ardilla, en ñengatú).

[61] «Este, que tiene dos manos de largo, se llama ilapay; este otro, del largo de mi espinazo, se llama mingo (tarihyra, en cueuanna); de ambos conocéis el origen.

62 «Este, que va de mi rodilla al mentón, se llama peripinacudri (tenten, en uaupés: pajarito cantor, todo negro desde la cabeza, con las charreteras amarillas), representa a un joven hermoso deseado por todas las mujeres, pero que no se entregó a ninguna, de modo que, irritadas, lo arrojaron a la cascada después de hacerle un encantamiento.

63 «Este, que mide la mitad de mi cuerpo, se llama buê (agutí, en cubeo), representa a aquella vieja miedosa que, esperando a cada momento que el cielo se desplomara sobre la tierra, no plantó nunca una sola semilla, viviendo de lo que los demás plantaban, y por eso fue convertida en agutí por el mono de la noche.

64 «Y este último, que me va de los hombros al ombligo, se llama canaroarro (saúba, en manao), representa a aquel viejo que, habiendo visto en sueños al hambre comiéndose la tierra, trabajaba día y noche amontonando provisiones dentro de casa para tener qué comer cuando el hambre llegara; fue convertido en hormiga por el tatú (pangolín), para que fuera comido.

65 «Y ahora que conocéis el nombre de todos los instrumentos, paso a dar a cada uno la voz que debe tener».

66 Y Jurupari sacó del matiry un poco de cera y la pasó sobre la boca de cada uno de los instrumentos, y cuando el último estuvo listo, ordenó que los sacaran fuera de la sala y los colocaran de pie, pero que nadie los tocara hasta el momento de la fiesta.

67 Y cuando lo hubieron hecho, los llamó otra vez a su alrededor, y cuando estuvieron todos, habló así:

68 «Se prohíbe al tuxaua de una tribu que esté casado con una mujer estéril seguir viviendo con ella sin tomar una o más mujeres, según el caso, hasta que tenga sucesores. El que no quiera conformarse a ello sea sustituido por el más fuerte de los guerreros de la tribu.

69 «Nadie intente seducir a la mujer ajena, so pena de muerte, que alcanzará tanto al hombre como a la mujer.

70 «Ninguna doncella llegada al tiempo de ser violada por la luna (a la pubertad) conserve enteros sus cabellos, so pena de no casarse antes de tener canas.

71 «Cuando la mujer dé a luz, el marido ayune por espacio de una luna, para que el hijo pueda adquirir las fuerzas que el padre pierda. Durante este ayuno el hombre no deberá comer más que saúbas, camarones, beijú y ajíes.

72 «Esto era lo que me quedaba por decir sobre las costumbres que deben regular la familia; que cada uno las haga conocer y observar en su casa.

73 «Y ahora, cuando oigáis la señal, empezará nuestra fiesta; preparad, pues, la casa y preparad nuestras bebidas, que la hora ya está por llegar». Dadas estas órdenes, Jurupari desapareció de en medio de sus compañeros.

74 Los jóvenes, que deseaban ver cumplida la fiesta de Jurupari, se pusieron enseguida a preparar la casa, mostrando en el rostro la alegría del corazón.

75 Los viejos seguían fríos y tristes, sin que aquellos preparativos tuvieran el poder de alegrarlos.

76 Cuando desapareció el sol de aquel día, los instrumentos empezaron a sonar sin que nadie los tocara, con aquella misma música festiva que solo los Nunuiba habían oído cuando llevaban a Ualri al suplicio.

77 En ese momento entró Jurupari y dijo: «Hermanos y compañeros, ha llegado la hora de la fiesta. Tenemos tres días y tres noches para aprender la música y el canto de Jurupari. Que los más jóvenes tomen los instrumentos, y vamos a formar la gran rueda».

78 Y, tomando el instrumento jefe, se colocó en medio de la sala, y enseguida se oyeron resonar sonidos muy lejos.

79 Y los oyeron los jaguares y las serpientes, y los mismos peces subieron a flor de agua para oír la música de Jurupari.

80 Cuando la noche llegó a la mitad, Jurupari dejó de tocar y ordenó que los otros continuaran, y en ese mismo momento se oyeron los gritos de los animales que estaban alrededor de la casa.

81 Y él dijo: «Hasta los animales están escuchando nuestra música.»

82 Bebieron el cachiry y el capy, y la música comenzó de nuevo con nuevos tañedores, y en medio de la fiesta se oía el chasquido del adaby (látigo de Jurupari, en ñengatú).

83 Cuando el sol enrojecía las raíces del cielo, Jurupari volvió a guardar el instrumento para que pudieran entrar nuevos tañedores.

84 Entonces se oyeron alrededor de la casa risas de gente.

85 Y Jurupari corrió a la puerta y vio una cantidad de gente que venía hacia ellos.

86 «Compañeros, esconded nuestros instrumentos, que vienen los habitantes de esta tierra».

87 Y los instrumentos fueron escondidos en un pequeño cuarto hecho para ello, y se tapió su puerta con piedra.

88 Cuando llegó a la puerta el tuxaua de los que venían, Jurupari en persona fue a recibirlo, y enseguida lo reconoció, porque llevaba al cuello la itá-tuxaua.

89 «Oí desde mi maloca tu música y me apresuré a venir a bailar contigo, aun sin estar invitado. Deseo conocerte, saber de qué tierra vienes y qué deseas de la mía».

90 Y Jurupari respondió:

91 «Yo soy el tuxaua de los Tenuiana, y mi tierra es la que está más cerca del sol. Debo cambiar los usos y las costumbres de todos los habitantes del mundo, y he venido aquí a dejaros las leyes a las que todos han de obedecer».

92 «Dame a conocer tus leyes y, si son buenas, las obedeceré.»

93 Y mientras los dos jefes hablaban, las mujeres entraron en la casa, curioseando por todas partes, hasta en el dormitorio, y preguntaban:

94 «¿Y de dónde sois vosotros?»

95 «Somos Tenuiana».

96 «Sin duda habéis venido a nuestra tierra en busca de mujeres para casaros; nosotras somos doncellas y nos daría gran placer que quisierais casaros con nosotras. ¿Está muy lejos la tierra de donde venís?»

97 «Lejos».

98 «Si os casáis con nosotras, iremos a vivir allá. ¿Bailamos?»

99 «Estamos cansados».

100 «Entonces tocadnos algo para darnos gusto».

101 «No podemos, porque necesitamos descansar».

102 Y mientras ellas hablaban, los provocaban de todas las maneras; pero los Tenuiana permanecían fríos ante aquellos hermosos cuerpos que ningún velo escondía; solo el poder de la nueva ley podía volverlos tan fríos.

103 Llegada la tarde, cuando los visitantes se retiraron, aquellas mujeres se llevaban consigo el corazón de aquellos jóvenes que las habían rechazado para obedecer la ley de Jurupari.

104 Y Jurupari dijo:

105 «Como hemos sido interrumpidos en nuestras fiestas por el tuxaua Arianda y su tribu, quedan aplazadas para más tarde, y entonces él también tomará parte en ellas. Le he prometido visitarlo mañana con todos vosotros, y antes de que vuelva el sol nos pondremos en camino hacia allá.

106 «Podréis ser amables con aquellas jóvenes y gozar con ellas, pero ¡ay de aquel que revele la más pequeña parte de nuestro secreto!

107 «Y los que no se crean bastante fuertes para resistir a las seducciones, que se queden; pero los que vayan recuerden que, aun en cosas de amor, es mejor mentir que revelar nuestros secretos».

108 Los cuatro viejos no durmieron en toda aquella noche, preparando sus ornamentos y bañándose en la cascada para mostrarse lo más ventajosamente posible a las vecinas.

109 El sol todavía no se hacía hermoso en las raíces del cielo y Jurupari partía con sus compañeros, y todos notaban que los viejos estaban muy contentos.

110 Cuando hubieron superado una cuesta, vieron la maloca, cuyos habitantes paseaban delante de las casas adornados de plumas.

111 Arianda vino con sus hijas a recibir a Jurupari hasta el principio del camino y lo llevó a la casa donde, esperando a los visitantes, se habían dispuesto antes comidas en gran cantidad.

112 Y Arianda, al encontrarse con Jurupari, dijo: «Has de saber que he tenido contigo un hermoso sueño».

113 «No lo dudo; me esperabas. ¿Y qué sueño fue el tuyo?»

114 «Solo a ti te lo diré».

115 «Sea: hablaremos a solas, pues también yo tengo que decirte algo en secreto y enseñarte lo que debes hacer».

116 «Lo haremos después de que tú y tu gente hayáis comido; toma, pues, asiento en la estera y llama a tus compañeros para que coman».

117 Y así se hizo, y cada visitante tenía a su lado una muchacha hermosa, y al lado de Jurupari estaba la hija de Arianda, que lo servía y le escanciaba el cachiry.

118 Poco contentas se mostraban las muchachas que estaban al lado de los viejos; mientras que las que estaban al lado de los jóvenes mostraban en los gestos y en la voz todo su contento, y antes de que terminara el banquete ya corría más de un abrazo y de un beso furtivo.

119 Y los viejos, que veían todas aquellas cosas, se quedaban fríos hasta los huesos.

120 Cuando terminaron de comer, Arianda y Jurupari fueron a una casa situada lejos del poblado, donde iban a tratar de las nuevas leyes; pero antes de partir dijo Arianda que podían bailar y beber tres noches y tres días, que tanto durarían las fiestas en honor de Jurupari.

121 Todas estas cosas sucedían la víspera del día en que los hombres debían salir de la maloca para acompañar a lo alto de la montaña a los payés, que con sus remedios iban a espantar a la muerte, que quería venir a matar a la luna.

122 Con ello los Tenuiana quedaron dueños de gozar libremente de las hermosas mujeres Arianda.

123 Los usos de la tierra querían que las mujeres eligieran a sus compañeros; y así los jóvenes fueron llevados enseguida al centro de la sala, donde dos jóvenes tañedoras esperaban a que se formaran las parejas para empezar la danza.

124 Aunque muchas jóvenes se quedaron sin compañero, ninguna quiso bailar con los viejos, que se quedaban tristes, sentados en un rincón.

125 Y el capy y el cachiry se distribuían en abundancia, y poco a poco se fueron encendiendo los deseos, y por la noche las mujeres Arianda ya se disputaban a los visitantes, y los besos y los abrazos provocativos se hacían cada vez más frecuentes.

126 Llegó la noche, y como no había resina para alumbrar la sala de la fiesta, la danza continuó a oscuras hasta el alba, y nadie supo lo que sucedió entre los danzantes; solo Jurupari y Arianda lo vieron todo.

127 Arianda, cuando llegó a la casa con Jurupari, habló así:

128 «En verdad tu visita me da mucho gusto, porque la tierra más cercana a mí está a dos lunas de camino y no puedo visitarla con frecuencia. Más de una vez he querido dejar esta tierra para acercarme a otra tierra habitada, pero mi gente no quiere abandonar esta tierra que la vio nacer. Si mi sueño se cumple, seré tu compañero en todas las luchas de la vida».

129 «¿Qué sueño es el tuyo?»

130 «Soñé que habías venido a mi maloca a pedirme en matrimonio a mi hija Curàn, y que esto sucedía al día siguiente de tu llegada. Es raro que mis sueños no sean verdaderos; espero, pues, ver cumplirse lo que la madre de los sueños me anunció».

131 «Arianda, en verdad te digo que mientras no haya llevado a cabo la gran reforma que debo cumplir en la tierra no tomaré mujer. Tu hija Curàn es muy hermosa, y si ella quiere elegir a alguno de mis compañeros, acepto, y lo haré señor de una gran tribu».

132 «Quiero aprender lo que todavía no sé y ser tu compañero y acompañarte en todas las luchas, y por eso encuentro buenas tus palabras».

133 «Como la noche ya está sobre nosotros», prosiguió Jurupari, «vamos a asistir a la fiesta; mañana te diré lo que tenemos que hacer».

134 «Entonces bajemos a la casa de la fiesta», dijo Arianda, levantándose de la hamaca.

135 «No hace falta; podremos verlo todo sin salir de nuestras hamacas; allí estorbaríamos».

136 Y Jurupari metió la mano en el matiry y sacó de él dos piedras de colores relucientes, y dio una a Arianda, diciendo: «Aquí tienes un trozo de la sombra del cielo, donde verás todo lo que sucede en la fiesta».

137 Y en cuanto Arianda la tuvo y puso en ella los ojos, vio reproducirse ante sus ojos la escena con tanta fidelidad que se reconocía fácilmente a todas las personas.

138 Vio que las viejas, que durante el día habían asistido a la danza desde lejos, ahora tomaban parte en ella, procurando aprovechar todo lo que podían del engaño que la oscuridad y las bebidas podían producir.

139 También los viejos, después de haber sido dejados de lado toda la jornada, eran buscados por las jóvenes Arianda, a quienes se esforzaban por satisfacer lo mejor que podían. Arianda y Jurupari se reían de los errores y de los esfuerzos de los otros y de sus hábiles sustituciones.

140 Cuando llegó el día, los dos jefes dejaron a un lado las sombras del cielo y siguieron conversando sobre las cosas de la nueva ley. Entretanto la fiesta continuaba.

141 Las viejas parlanchinas fueron a contar a Curàn lo que les había sucedido durante la noche, y Curàn, que era muy curiosa, quiso ver lo que le habían contado.

142 Cuando llegó la segunda noche, Arianda y Jurupari volvieron a tomar las sombras del cielo y comenzaron a asistir a la fiesta.

143 Y vieron cosas aún peores que la noche anterior. Por cada Tenuiana había cinco mujeres Arianda. Y Jurupari se indignaba y Arianda callaba; pero era aquella la primera vez que veía tales cosas en su maloca. Llegó la medianoche, y Arianda vio a su hija Curàn saltar de la hamaca y caminar hasta la puerta de la casa de la fiesta, donde un Tenuiana la tomó y la desfloró. Y Arianda, en ese punto, gimió; Jurupari, que lo oyó, preguntó:

144 «¿Qué te pasa?»

145 «Mi desgracia ante mis ojos».

146 «Si mi ley ya estuviera vigente, esto no habría podido suceder; pero quien tocó a tu hija se casará con ella, y todo quedará reparado».

147 Y Arianda, gimiendo por lo que había visto, entregó la sombra del cielo a Jurupari y dijo:

148 «Aquí tienes tu piedra, ya no me sirve para nada, porque no quiero ver nada más. Voy a dormir para intentar olvidar mi desgracia; y cuando hayas terminado de ver, despiértame, que seguiremos hablando».

149 Y Jurupari se quedó solo y siguió mirando, pero todo era más feo.

150 El curàmpa (pequeña lechuza) ya cantaba a la orilla del camino, y volvieron los salvadores de la luna, mientras la fiesta seguía siempre desenfrenada; y Jurupari, para no ver, escondió en su matiry la sombra del cielo.

151 Despertó a Arianda, y siguieron hablando de las cosas futuras.

152 Cuando salió el sol del cuarto día, los dos tuxauas volvieron a la maloca, y enseguida se notó en Arianda una profunda tristeza y en Jurupari algo terrible y amenazador.

153 «Compañeros», dijo Jurupari, «acomodaos y hablemos».

154 «Mañana oiréis de mí verdades amargas: habéis abusado demasiado de la libertad que os di. Pero no hablemos de esto ahora; id primero a recobrar con el descanso las fuerzas que habéis perdido».

155 Al día siguiente Jurupari volvió a hablar así: «Por desgracia debo deciros verdades amargas, ya que vosotros me obligáis a ello.

156 «Nunca habría pensado que hubiera gente tan mala como vosotros.

157 «Que un hombre se aproveche de la flaqueza de la mujer es todavía natural; pero que uno satisfaga a cinco es algo nuevo, que solo se ha visto practicado por los reformadores en la tierra de Arianda.

158 «Si mañana las otras tribus saben que los habitantes del Tenuí son gente mala, que nada respeta, ¿cómo podrán creer que son ellos quienes deben reformar los usos y las costumbres de toda la tierra?

159 «Si esto se repite, os abandonaré e iré a buscar otro pueblo para educarlo, y no podrá ser sino mejor que vosotros.

160 «Habéis abusado de tal manera de la libertad que os di, que el dolor me crece en el corazón y lo llena de ira; y de vuestras manos no escapó ni siquiera Curàn, la hija de Arianda.

161 «¿Quién de vosotros desfloró a Curàn? ¿Nadie? Quienquiera que haya sido se esconde inútilmente. Yo vi todo lo que sucedió, y Arianda también lo vio. Y hay en el seno de Curàn un nuevo ser que verá el sol como nosotros; y por eso prometí que aquel que la violó repararía el daño casándose con ella. No puedo dejar perder mi palabra verdadera. Quien haya sido, que se presente».

162 Y como nadie se presentaba, Jurupari sacó del matiry las sombras del cielo, donde estaba pintado todo lo que había sucedido, y mostrándolas a su gente dijo: «Aquí está pintada Curàn, sufriendo su mal, y este es quien se lo hace. ¿Quién es?»

163 Y el joven que reconoció su propia figura bajó la cabeza avergonzado.

164 «Fui yo, tuxaua», dijo Caminda; «pero no habría pensado que me hubiera tocado una doncella tan gentil, porque no pude ver su belleza en las sombras de la noche».

165 «Y serás tú mismo quien se case con Curàn, porque ya se lo he prometido a su padre: mañana tendrá lugar la boda, y después terminaremos nuestras fiestas.

166 «Pero si los jóvenes fueron reprensibles, no lo fueron menos los viejos, que olvidaron sus propios años y quisieron satisfacer a las mujeres cuando ya no podían.

167 «Mañana asistiremos a la boda de Caminda; preparad hoy todos vuestros ornamentos, para que, al aparecer las primeras alegrías del cielo, partamos hacia la maloca de Arianda».

168 Cuando el oriente enrojecía, Jurupari se dirigió con su gente a la maloca de Arianda, donde la música ya anunciaba la fiesta próxima, y los habitantes, adornados de plumas, estaban reunidos delante de la casa de la fiesta.

169 Al llegar, Jurupari dijo: «Compañeros, esta noche va a casarse nuestro pariente Caminda con la hermosa Curàn. Este matrimonio viene a asegurarnos el concurso de todos estos jóvenes en la reforma que debemos hacer en esta tierra.

170 «Pero sabed que no quiero tener que reparar nada más de este modo».

171 Terminado de hablar, Arianda y Jurupari fueron a la casa de fuera del poblado a hablar de las fiestas futuras, y los Tenuiana se quedaron en la casa de la danza.

172 Y los viejos, que habían sido tan severamente reprendidos por Jurupari, permanecían cautelosos y callados, sin atreverse siquiera a mirar a las mujeres Arianda.

173 El día era de fiesta, y las mujeres servían a los Tenuiana las comidas y las bebidas acostumbradas, y ellos comían y bebían, porque es una falta rehusar, de modo que al atardecer los Tenuiana y los Arianda estaban ya casi borrachos.

174 Las mujeres intentaban aprovecharse de ese estado para hacer de ellos su voluntad, pero viejos y jóvenes resistían, recordando las palabras de Jurupari.

175 Llegó la noche, y la música entró en la casa precediendo a los novios y a los dos tuxauas, a quienes seguían los demás; y se formó la gran rueda y, dentro de ella, la rueda de los novios, y comenzó la música.

176 Cuando la rueda de los novios giraba a la derecha, los demás seguían a la izquierda, o al contrario; y siguieron bebiendo y bailando hasta la medianoche. Entonces los novios, ya casi borrachos, fueron llevados a la cámara nupcial, donde se les dejó solos algún tiempo.

177 Transcurrido el tiempo fijado por la costumbre, los novios volvieron a la gran rueda, donde recibieron de todos el saludo del macuhy.

178 Cuando despuntaba el día, los novios entraron de nuevo en la cámara nupcial, de donde solo debían salir a la medianoche siguiente para terminar el matrimonio.

179 Arianda y Jurupari volvieron a la casa de fuera del poblado, y Arianda pidió a Jurupari que no quitara las sombras del cielo y que diera toda la libertad a su gente.

180 «Si así lo quieres, ve tú mismo a dársela».

181 Y Arianda fue a hacerlo, pero cuando llegó cerca de la casa de la fiesta vio que iba a hacer algo inútil y se volvió atrás.

182 Cuando fue medianoche, los tuxauas volvieron, y los novios, salidos de la cámara nupcial, se colocaron en medio de la gran rueda, donde recibieron de cada uno de los asistentes un azote.

183 Y cuando Caminda y Curàn hubieron recibido el último azote con el bejuco sobre el que el payé había soplado, volvieron a la cámara, de donde no debían salir hasta el mediodía siguiente para asistir al gran banquete.

184 Los jefes se retiraron y la fiesta continuó.

185 Cuando llegó la hora del gran banquete, los novios recibieron de manos de los tuxauas sus coronas de plumas, y así adornados fueron al banquete, al que todos asistieron.

186 Y así fueron casados Caminda y Curàn.

187 Al día siguiente Jurupari y su gente volvieron a su casa, adonde también volvió Caminda, que se despidió de su mujer por tres días.

188 Los dos tuxauas habían acordado que la fiesta de Jurupari debía empezar aquel mismo día, y que Arianda mandaría a las mujeres a pescar camarones durante tres días en el ygarapé de la Mycura (especie de zarigüeya).

189 Curàn fue la única que no fue: estaba, dijo, enferma.

190 Aquel mismo día Arianda partió con su gente hacia la Jurupari-oca, donde, en cuanto llegó la noche, comenzó la fiesta.

191 Cuando la noche llegó a la mitad, Jurupari dejó a un lado los instrumentos y dijo todos los puntos de su ley, que debe regular los usos y costumbres de toda la tierra.

192 Y cuando hubo terminado dijo: «Ahora que ya conocéis todo lo que debéis conocer, os enseño el canto de Jurupari, que solo se enseñará a los jóvenes cuando sean admitidos por primera vez en la fiesta de los hombres y sepan guardar secreto.»

193 Y dijo a Arianda: «Deja tu instrumento y acompaña el canto, y contigo, todos los que no tienen instrumento acompañen el canto».

194 Curàn, a quien su marido y su padre creyeron que se quedaba en la maloca, en cuanto los suyos salieron, salió, los siguió de lejos hasta la Jurupari-oca y, desde lo alto de una piedra que estaba cerca de ellos, cuando llegó la

noche, vio todo lo que sucedía, oyó la ley y aprendió la música y el canto de Jurupari.

195 Y cuando conoció todos los secretos, partió y volvió a la maloca antes del día, habiendo formado en su corazón un deseo que se prometió cumplir.

196 Las fiestas terminaron al tercer día, y Jurupari se despidió de Arianda. Cuando los Tenuiana quedaron solos, Jurupari dijo:

197 «Sabéis que todavía tengo que cumplir una promesa en la tierra del Tenui, y los que tienen a su madre junto a la mía volverán allá conmigo, porque debemos cumplirla juntos.

198 «Los demás pueden volver o quedarse a su voluntad, pues poco me queda por enseñar, y los que vengan conmigo quedarán obligados a enseñar después a los otros lo que todavía falta.

199 «Partiremos cuando aparezca la luna».

200 En cuanto apareció la luna, Jurupari ordenó a sus compañeros que se sentaran en la estera de uaruman; entonces partieron, y cuando llegaron muy de mañana a la maloca, no encontraron a nadie.

201 Solo encontraron en todas las casas huesos de niños, y en la de Jurupari una habitación llena de cabellos de mujer.

202 Los compañeros de Jurupari preguntaron: «¿Qué significa esto?»

203 «Después de haber cumplido nuestra promesa os contaré lo que sucedió: quiero tener el corazón vacío de cólera para poder llorar.

204 «Hoy es la noche de las maldades de la luna, y antes de que aparezca, quemad todos los huesos que hay en las casas y traedme sus cenizas para beberlas en el cachiry.

205 «Yo voy a hacer nuestras vestiduras, para que nuestras madres no nos reconozcan cuando estemos llorando junto a ellas, con los cabellos que las mujeres nos han dejado; y haré los dos instrumentos que deben llorar con nosotros y que tocaremos yo y Caryda, a quien he escogido para acompañarme por toda la tierra.

206 «Cuando la luna esté conmoviendo a las mujeres, venid aquí a preparar nuestras bebidas y a subir a la cumbre de la montaña».

207 Así se hizo, y después de haber reducido los huesos a cenizas, las mezclaron con el cachiry, y cuando todo estuvo listo dijo Jurupari:

208 «Ha llegado la hora de cumplir nuestra promesa: bebamos las cenizas de nuestros parientes, para que no se pierdan en el seno de la tierra; y tú, Caryda, toma tu instrumento; vistámonos todos con estas vestiduras hechas de cabellos, para que nuestras madres no nos reconozcan, y vamos allá donde están, a llorar».

209 Y Jurupari y Caryda, de pie ante sus madres, tocaron la marcha de los muertos, y sus compañeros los acompañaban llorando delante de sus propias madres.

210 Cuando la luna disminuyó sus maldades, los cuerpos de aquellas mujeres se inclinaron hacia la tierra hasta tenderse en ella, y Jurupari dijo:

211 «Compañeros, nuestra misión ha terminado; que cada uno entierre a su madre».

212 Jurupari tomó el cuerpo de su madre, voló con él a la sierra de Marubitena y lo dejó allí diciendo: «Te dejo en esta montaña para que seas útil a todos y de tu cuerpo nazcan plantas preciosas que sirvan de remedio a los amores desdichados».

213 Cuando apareció el sol, todo era silencio y tristeza en la Sierra del Tenui.

214 Fue con el sol del tercer día cuando Jurupari dio la señal para reunirse.

215 «Ahora os contaré», dijo, «lo que sucedió durante nuestra ausencia.

216 «Al día siguiente de nuestra partida hacia el Aiary, las mujeres nos buscaron por todas partes, tristes y desesperadas por nuestra desaparición.

217 «Ninguna sabía la dirección que habíamos tomado, y se reunieron todas para tomar una resolución.

218 «Arauyry, muchacha astuta y llena de maldad, dijo: “Ya que los hombres huyen de nosotras sin motivo y sin decirnos nada, quiere decir que aquí no vuelven a poner los pies; y por eso, para no propagar esta raza de hombres sin amor y sin corazón, digo que se mate a todos los niños varones”.

219 «Y Pesparen añadió: “No solo hay que matar a todos los varones de estos hombres ingratos, sino cortar nuestros cabellos, que todavía guardan el olor de los labios de aquellos traidores, y depositarlos todos en la casa de Jurupari; después buscaremos un nuevo destino”.

220 «Nuré, que tenía más de un hombre, y entre ellos a Caryda, dijo: “Todo está bien; pero para que no quede nadie, llevemos con nosotras también a nuestras parientas de piedra, y con ellas a Seucy”.

221 «Saén, muchacha ardiente y desmedida, propuso por último ponerse, mediante una operación, en la imposibilidad de ceder otra vez a hombre.

222 «Y todo fue aprobado; y lo primero que intentaron fue llevarse a nuestras madres, pero no pudieron; entonces se cortaron los cabellos, que fueron depositados aquí, mataron a todos los varones y, haciéndose incisiones en los labios, los unieron con resina de uanany para que se cerraran.

223 «Y ahora van bajando el río al azar, sin otra guía que la corriente.

224 «Sabed ahora que los instrumentos que sirven para llorar a los muertos solo deben tocarlos el payé y el tuxaua, cuando lloréis a vuestros parientes y bebáis sus cenizas».

225 Y entonces Jurupari sintió que algo se movía en el matiry, metió la mano y sintió algo que le hería los dedos:

226 «¡Compañeros, estamos traicionados!»

227 Y como los compañeros preguntaran quién los había traicionado, él sacó del matiry una de las sombras del cielo y vio a Curàn con todas las mujeres Arianda haciendo el dabucury y tocando y cantando la música y el canto de la fiesta de los hombres. Tomó luego en la mano otra piedra, en la que todo quedaba pintado, y vio a Curàn que, desde lo alto de la piedra, asistía a toda la fiesta. Y lleno de tristeza habló así:

228 «¿Podrá haber alguna vez en la tierra una mujer realmente juiciosa?

229 «Curàn, que todos creían que se había quedado enferma en casa, asistió a toda nuestra fiesta. Caryda y yo partimos ya».

230 «¿Y nosotros qué haremos sin ti?»

231 «Id por toda la tierra a enseñar la ley, la música y el canto de Jurupari».

232 «Caryda, agárrate bien a mis hombros, porque vamos a caer en la tierra de los Arianda».

233 Y Caryda preguntó: «¿Qué debo hacer cuando hayamos llegado?»

234 «Tienes que convertirte en insecto y entrar en el instrumento que Curàn esté tocando y roer toda la cera que le da la voz».

235 Y al mismo tiempo le dio un talismán, para que se lo pusiera en la nariz cuando se transformara en insecto.

236 Caminda, al volver a la maloca, encontró a Curàn ya curada.

237 Arianda, que era ahora el reformador de los viejos usos y costumbres de su tierra, ordenó a los payés que los enseñaran, pero de modo que las mujeres nunca sospecharan que aquello era obra de Jurupari.

238 Pero un día Curàn reunió a todas las mujeres lejos de la maloca, les reveló el secreto de Jurupari, les dijo cómo eran los instrumentos y cantó la música y el canto de Jurupari.

239 «Y es por eso», concluyó, «por lo que los hombres dejaron de hacer nuestra voluntad.

240 «Para que ellos puedan creer que no sabemos nada, vamos a organizar también nosotras nuestro Jurupari y a hacer nuestra fiesta, que debe inaugurarse con un dabucury de tapioca. De ahora en adelante debemos reunirnos aquí todas las tardes para aprender el canto de Jurupari, hasta que yo pueda robar el instrumento que mi marido ha escondido.

241 «Esta misma noche, cuando él salga, lo seguiré para saber adónde va, y si lo descubro, mañana mismo tendremos nuestros instrumentos hechos según el modelo de aquel; pero, sobre todo, secreto».

242 Los viejos, que eran despreciados por sus compañeros, resolvieron abandonarlos y unirse a las Nuibas.

243 En cuanto llegó la noche, recurrieron a sus amuletos y volaron a la tierra donde Ualri había sido castigado, y cuando pasaron por el lugar donde fue quemado, su sombra los apedreó.

244 Aquella misma noche Curàn, cuando llegó Caminda, fingió dormir.

245 Y cuando Caminda, viéndola con los ojos cerrados, salió de casa, Curàn lo siguió hasta donde reposan las aguas de la cascada y donde Caminda había escondido su instrumento.

246 Entonces, sabiendo ya lo que deseaba, volvió a casa. Cuando estaba por entrar oyó que la llamaban, se volvió y vio a un joven hermoso que le hacía señas como si quisiera hablarle.

247 Ella lo siguió, y él la llevó a un lugar apartado, donde se le ofreció para hacer los instrumentos, diciéndole que era indispensable robar el de Caminda, para que estuvieran completos.

248 Y Curàn, fascinada por la belleza del joven, ni siquiera le preguntó quién era; solo le preguntó cuándo volvería a verlo.

249 «Mañana, en el mismo lugar, para entregarte los instrumentos».

250 Cuando volvió a su hamaca, se durmió enseguida y soñó toda la noche con la gran fiesta en que el tañedor principal era el joven hermoso que le había prometido los instrumentos.

251 Llegada la mañana, contó enseguida a sus compañeras que tenía por tañedor a un joven hermoso, que todo estaba listo y que prepararan los panes de tapioca para el dabucury, que debía ser al día siguiente.

252 Volvió la noche, y Caminda fue a ver su instrumento, y Curàn a encontrarse con el joven, que enseguida le dio los instrumentos iguales a los de Jurupari, faltando solo uno, y al dárselos dijo:

253 «Aquí está lo que te prometí; solo falta un instrumento, pero tú sabes dónde tomarlo».

254 «¿No vienes con nosotras?»

255 «La fiesta es solo de mujeres, y no estaría bien que yo estuviera allí».

256 «Al menos ven a beber el cachiry con nosotras, porque quiero que mis compañeras te conozcan».

257 «Iré con los de tu casa, pero no digas a nadie que fui yo quien te dio los instrumentos».

258 «¿Cuál es tu nombre?»

259 «Cudeabuma (espíritu maligno, en pamary)».

260 «¿Y de qué lugar eres hijo?»

261 «De la tierra de las cenizas. Pero vete, que viene tu marido. Mañana, cuando el sol esté a plomo, ve a buscar su instrumento, y haced enseguida el dabucury acompañado de la música y el canto de Jurupari».

262 Y el joven desapareció en las sombras de la noche, y Curàn volvió a casa, donde Caminda, al volver más tarde, la encontró todavía despierta y pensativa, de modo que le preguntó qué tenía.

263 «Me había despertado y te busqué en la hamaca, pero no estabas, y temí que hubieras huido de mí».

264 «No tengo motivo para huir de ti; solo había ido a ver salir la luna, que hoy viene a revolver a todas las mujeres».

265 «Si tienes celos de la luna, ven a la hamaca conmigo a defenderme».

266 Y Caminda se acostó con su mujer. Pero sucedió que durante la noche Curàn soñó con Cudeabuma y lo llamó abrazando a Caminda, y que este lo oyó todo.

267 No obstante, cuando se levantó por la mañana no dijo nada, pensando que era la luna la que había entrado en Curàn, a pesar de que él quisiera impedirlo.

268 Cuando el sol llegó a la mitad del cielo, los Arianda oyeron la música y el canto de Jurupari y corrieron todos a ver quién venía tocando, y vieron a las mujeres que venían del puerto, unas tocando y otras cantando, y todas traían a la espalda cestos cargados de tapioca.

269 Cuando Caminda fue con los suyos a ver si sus instrumentos estaban donde los habían dejado, todos los encontraron en su sitio; solo Caminda no encontró el suyo.

270 Todos estaban inmóviles ante aquella gran profanación, y nadie respondió a Caminda, que preguntaba quién había tomado su instrumento. Entonces él quiso arrojarse sobre Curàn para matarla y cumplir así la ley de Jurupari; pero Arianda se lo impidió y dijo:

271 «No creo que tu instrumento esté entre los que están tocando: ve y busca mejor, que has de encontrarlo».

272 Y Caminda volvió a la cascada y buscó su instrumento.

273 En aquel instante el instrumento de Curàn comenzó poco a poco a perder la voz, hasta que calló del todo.

274 Y en medio de las danzantes se alzó un gran humo que las hizo enloquecer, y reían sin saber por qué.

275 Entre ellas estaban Jurupari y Caryda, que enseguida les quitaron de las manos los instrumentos, arrojándolos al fuego.

276 Jurupari devolvió a Caminda el instrumento que le pertenecía y le dijo:

277 «No te fíes nunca de las mujeres. Si hubieras hecho ir a Curàn a pescar con las demás, no sucedería lo que estamos viendo.

278 «Ella asistió desde lo alto de una piedra a toda la fiesta de los hombres y solo se retiró por la mañana, conociendo ya todos nuestros secretos.

279 «Curàn robó el instrumento de Caminda porque él no supo esconderlo como hicieron sus compañeros; ahora quiero saber quién le dio los otros, y lo sabré, porque nada me es oculto».

280 Jurupari sacó del matiry las sombras del cielo, y en ellas vio figurado a Cudeabumà, que se reía, y dijo:

281 «¡He aquí ahora estas malas sombras sobre la tierra para traer la ruina de las mujeres!»

282 «¿Y quiénes son?»

283 «Uacten mascan».

284 «¿Las que nacieron de las cenizas de Ualri?»

285 «Esas mismas».

286 «¿Y cómo debemos hacer para que estas desgraciadas olviden el delito que cometieron?»

287 «Destruir los vestigios de su delito».

288 «Pero las sombras de Ualri volverán a tentarlas».

289 «Las tentarán siempre, hasta que la tierra muera. Cuando llegue la noche, sahumad con ají todas las casas para hacer huir a las sombras, y arrojad al río los cestos de tapioca y los ornamentos de plumas; y mañana, cuando las mujeres despierten, hacedles un sahumerio de xicantá».

290 Arianda pidió a Jurupari que se quedara todavía una luna para enseñar a aquellas mujeres el camino por donde debían ir.

291 «¿Y por qué no lo haces tú? Observa y haz observar mi ley; pero yo me fingiré payé ante todos y me quedaré todavía media luna contigo».

292 Al día siguiente fue el propio Jurupari quien despertó a todas las mujeres, las cuales, apenas despiertas, querían agarrarlo; pero Jurupari se les escapaba enseguida.

293 Él, transformado en payé, las reunió a todas y les habló así:

294 «Si no fuera por la compasión que me inspiráis, no querría preveniros de la sentencia que pesa sobre vosotras, provocada por vuestras locuras. En la mente del tuxaua ya estáis condenadas a morir, porque faltasteis a las leyes del Sol. De hoy en tres días os diré todo lo que debéis hacer para escapar a la ira de nuestro tuxaua.»

295 Y muchas dijeron: «¿Por qué no nos lo dices ahora?»

296 «Para que aprendáis a saber esperar y a tener paciencia».

297 Y cuando llegó el tercer día, Jurupari las reunió y dijo:

298 «Paso ahora a daros las normas de vuestra conducta.

299 «Es el Sol quien las ha enviado, y se llaman las leyes de Jurupari, a las que están sujetos hombres y mujeres; quien no las cumpla será condenado a morir.

300 «Por eso, si queréis vivir en paz sobre la tierra, debéis obedecer estas leyes».

301 Y las mujeres dijeron: «Dinos esas leyes, para que podamos observarlas».

302 «Aquí las tenéis», dijo Jurupari:

303 «Una mujer, para ser buena, no debe casarse más que con un solo hombre y vivir con él hasta la muerte, y serle fiel y no traicionarlo por ninguna razón; no debe desear saber los secretos de los hombres ni lo que sucede entre los demás; no debe desear ni probar lo que le parezca apetitoso; debe ayunar una luna entera hasta que Jurupari haya preparado los alimentos que le están destinados; no ceder a las sombras que nacieron de Ualri y que andan siempre protegidas por la noche.

304 «Estas son las principales cosas que de hoy en adelante deberéis observar escrupulosamente para no caer otra vez en la ira del tuxaua; y las cosas que todavía faltan os las diré más tarde».

305 Y ellas le prometieron obedecerle en todo, y ya no se acordaban de lo que había sucedido.

306 Después de esto, Jurupari fue con Arianda y Caryda a la casa apartada, y allí dejó su disfraz.

307 «Ya he dicho a tus mujeres las principales cosas que tienen que saber, y he prometido que en cada maldad de la luna habrá una reunión en la que los payés les enseñarán las cosas que todavía faltan; ahora llama a tus payés, diles la obligación que tienen y haz que la cumplan, y todo irá de la mejor manera.

308 «Cuando ellas se hayan convencido de los peligros que corren si no observan nuestras leyes, podrás cumplirlas libremente y celebrar las fiestas de los hombres aquí mismo, en la maloca, porque ellas no querrán exponerse a perder la vida. Y si alguna no obedece, mátala a la vista de todas, para escarmiento de sus compañeras.

309 «Caryda te enseñará hoy mismo la música de los muertos, que deberá tocarse el día en que tengas que llorar a los que murieron y cuando bebas sus cenizas.

310 «Toma estos ornamentos y esta máscara, que usarás solo en esos días y que no podrán vestir más que el tuxaua y el payé».

311 Las mujeres, entretanto, no se atrevían siquiera a salir de casa por miedo a hacer algo malo.

312 Pero Curàn, que era astuta y llena de audacia, pasaba días enteros en la cascada, sentada sobre una piedra con la cabeza entre las manos.

313 Caminda iba todas las tardes a buscarla para llevarla de vuelta a casa; pero una tarde ya no la encontró allí y, desesperado, reunió a todos los hombres de la aldea y se puso a buscarla, pero inútilmente, y hasta hoy na-

die sabe qué destino tuvo. La mayoría, no obstante, creyó que se la había llevado al fondo de las aguas la Gran Serpiente; e incluso cuentan que desde aquel día, a medianoche, en medio de la cascada de Nusquè-buscà aparece una bellísima mujer de cabellos negros que, después de cantar la música y el canto de Jurupari, desaparece otra vez en las aguas.

314 Antes de que llegara la hora de la maldad de la luna, Caryda fue asaltado por dos tananás (grandes grillos que deben su nombre a su grito, en ñengatú), que se arrojaban sobre él con la fuerza de un curaby (flecha que se lanza con la mano, siempre envenenada, en ñengatú).

315 Caryda huyó adonde se encontraba Jurupari, pero también allí lo persiguieron los tananás.

316 Y entonces Jurupari, viendo a Caryda perseguido, dijo así: «Estamos traicionados otra vez». Sacó las sombras del cielo y vio a dos de los viejos Tenuiana que cantaban y tocaban la música y el canto de Jurupari en medio de mujeres.

317 «Caryda, agárrate fuerte a mí, porque tenemos que partir».

318 Y volaron en dirección a la maloca nunuiba, y con ellos volaron también los tananás. Jurupari intentó atraparlos, pero se le desvanecieron delante de los ojos.

319 Y Caryda preguntó: «¿Adónde vamos?»

320 «A castigar a los dos traidores».

321 «¿Eran ellos los dos tananás?»

322 «No, pero fueron sus dueños los que los mandaron a espiarme».

323 «Entonces ellos ya están allá, y los viejos tienen tiempo de esconderse».

324 «¿Y dónde podrán esconderse sin que yo lo sepa? Que se escondan en el seno de las aguas, o en el seno de la tierra, o en el aire: siempre los encontraré».

325 Y entretanto pasaban sobre el lugar donde antes había estado la Jurupari-oca, y Jurupari preguntó a Caryda:

326 «¿Dónde está tu pussanga?»

327 «Aquí está».

328 «Dámela y toma esta otra, con la que perseguirás a uno de los traidores hasta matarlo; y cualquier cosa que quieras hacer podrás hacerla, si, poniéndotela en la nariz, guardas en el corazón la voluntad de lo que quieres hacer».

329 Y Jurupari consultó las sombras del cielo y vio a los traidores ya huyendo, uno en forma de tapir y el otro en forma de gusano, entrando en la grieta de una piedra.

330 «Yo voy tras el tapir, y tú tras este.» Y Jurupari se transformó enseguida en un gran jaguar, siguiendo las huellas del tapir con la velocidad de una flecha, y Caryda se transformó en tatú y entró por la grieta de la piedra tras el gusano.

331 Cuando Jurupari llegó al río Inambú, el tapir ya había pasado a la otra orilla, y como él no podía mojar su matiry, volvió a ser hombre y cruzó el río. Pero cuando también él estuvo del otro lado, el tapir se había transformado en cujubí y volaba en dirección al río Içana, y él se transformó enseguida en un pequeño y ligero halcón y fue tras él.

332 Cuando llegó a la orilla del río, el cujubí se había convertido en una gran serpiente y se había escondido en el agua, y Jurupari, que no podía mojar el matiry ni separarse de él, resolvió atrapar a la serpiente por medio de un cacury.

333 Con ese fin hizo con una isla uno de los lados del cacury, y con piedras amontonadas el resto, dejando en medio paso libre por donde debía entrar la serpiente; y para que le avisaran cuando entrara, puso de guardia a un caucao.

334 Cuando todo estuvo listo, Jurupari volvió al lugar donde estaba la serpiente y echó al agua una buena cantidad de ají.

335 En cuanto la serpiente sintió el ardor del ají, bajó río abajo, y cuando ya iba a entrar en el cacury, el caucao dio la señal haciendo un gran alboroto.

336 La serpiente lo oyó y, queriendo saber qué era, se transformó en sapo y subió a la superficie del agua; entonces Jurupari le arrojó a la cabeza un amuleto que la convirtió en piedra.

337 Consumada esta venganza, partió en busca de Caryda, y cuando llegó a la montaña y vio la abertura que se adentraba en la tierra, dudando de su poca experiencia, consultó la sombra del cielo y vio que el gusano ya estaba en el río Cuduiary, transformado en cigarra. Convertido entonces en diuná (pequeño halcón, pero muy osado), fue enseguida hacia allá y encontró a la cigarra cantando sobre la piedra, y al instante la transformó en musgo.

338 Volvió luego a buscar a Caryda, que entretanto había entrado casi hasta el centro de la tierra para dar con el gusano, y como no podía oírlo porque estaba muy lejos, echó dentro de la grieta un poco de polvo que se transformó enseguida en hormigas, las cuales desaparecieron dentro de la grieta.

339 Caryda, mordido por las hormigas, salió fuera, y Jurupari le preguntó dónde estaba su enemigo, y él respondió:

340 «Creo que las hormigas se lo han comido».

341 «¿Estás seguro de su muerte?»

342 «No lo estoy, pero lo supongo».

343 «Pues bien, vamos a ver si es verdad lo que me dices». Y tomó la sombra del cielo y le mostró al viejo convertido en musgo, y le preguntó: «¿Por qué no recurriste a tu piedra?»

344 «Porque no se me ocurrió que un gusano fuera capaz de engañar a un tatú. Pero ahora te ruego que me digas cómo descubrieron estos dos viejos a las mujeres nuestros secretos.»

345 «Todas las mujeres son curiosas, y desde el día en que llevé lejos de nuestra casa a las mujeres que fueron la desgracia de Ualri, ellas no dejan nunca de investigar el motivo de nuestra desaparición.

346 «Estos dos viejos volvieron a la tierra de Nunuiba para enseñar nuestra ley, y las mujeres, en cuanto llegaron, se pusieron a su alrededor para saber qué querían; y como ellos eran débiles para resistir, les enseñaron todos nuestros secretos y la música y el canto de Jurupari.

347 «Pero después, temiendo que yo supiera algo, mandaron a sus amuletos para que les avisaran cuando me acercara; y si no hubieran sido avisados a tiempo, igual habrían sido castigados.

348 «Las mujeres no saben nada de lo que ha sucedido; solo piensan que los viejos se han escondido para no acompañarlas en las fiestas».

349 «¿Y qué hacen los dos que se quedaron allá?»

350 «Enseñan al tuxaua y a los payés la música y el canto de Jurupari».

351 A Jurupari no le gustaba saber de antemano lo que iba a suceder, así que no sabía lo que les sucedía a los otros dos viejos que se habían quedado entre los Nunuiba.

352 Las Nunuiba, viendo que los dos viejos no aparecían, fueron a seducir con toda clase de artificios a los dos que quedaban, para que acabaran de enseñarles la música y el canto de Jurupari.

353 Miuá, la más experta en el arte de la dulzura, consiguió que ellos cedieran y prometieran todos los secretos de Jurupari y darles los instrumentos.

354 Lo prometido se cumple; al día siguiente los viejos terminaron los instrumentos para poder empezar la fiesta por la noche.

355 Cuando llegó la tarde, todas las mujeres de la maloca nunuiba estaban reunidas en la sala de la fiesta, y los dos viejos comenzaron a tocar sus instrumentos con las mujeres, y las que no tenían instrumentos acompañaban con el canto.

356 El tuxaua Nunuiba, con su gente, estaba viendo la fiesta y suponía que aquella famosa ley de Jurupari era una mentira inventada por los dos viejos, y así se lo decía a su gente:

357 «¿No veis cómo nos querían engañar con Jurupari? Ayer nos decían que todo esto debía ser un secreto para las mujeres, y hoy son ellos quienes se lo enseñan.

358 «Si fuera verdad que el sol envió a Jurupari para darnos leyes, ¿no serían ellos los primeros en desobedecerlas?»

359 Pero entonces el payé dijo: «En verdad Jurupari existe, y existen estas leyes, y tarde o temprano también vosotros lo conoceréis; y esos dos no son más que dos violadores de sus leyes y han de pagar bien cara su condescendencia».

360 Ahora bien, la tercera noche, cuando ya iba disminuyendo la borrachera, los dos viejos se acordaron del delito que estaban cometiendo, y enseguida huyeron de la sala y se escondieron en la selva, porque conocieron que el castigo ya se iba acercando.

361 Y Nunuiba y los suyos, al verlos huir, preguntaron al payé: «¿Por qué huyen?»

362 «Porque Jurupari viene a castigarlos.»

363 Entonces todos vieron alzarse un gran humo blanco en medio de la sala, y enseguida los instrumentos quedaron sin voz, y sin voz quedaron las cantoras, y todos permanecieron en la postura en que se encontraban.

364 Y las que bailaban seguían bailando, y las que tocaban hacían como si tocaran, pero todas permanecían en un profundo silencio.

365 Nunuiba preguntó al payé: «¿Qué es esto?»

366 «El castigo de Jurupari.»

367 «¿Y dónde está él?»

368 «En la selva, cazando a los traidores».

369 Y en aquel momento se oyeron grandes risas por todas partes, y todos preguntaron:

370 «¿Quiénes son esos que se ríen de nuestras desgracias?»

371 «Los Uacten-mascan, que están gozando del castigo que Jurupari da a nuestras mujeres, que causaron la perdición de Ualri. ¿Ya no os acordáis de Ualri, que en la hoguera dijo que pronto sería vengado? Diadue fue la primera de quien se vengó, y estas, que también fueron sus cómplices, pagan ahora.»

372 Y Nunuiba preguntó al payé si no podía remediar tantos males.

373 «Jamás me pondré contra el hijo del Sol. Es más fácil que él me estrelle contra una piedra que yo hacer daño a Jurupari, que es mucho más fuerte que yo».

374 Entretanto Jurupari y Caryda corrían, convertidos en perros, tras los fugitivos, que se habían convertido en agutíes, y cuando ya estaban por alcanzarlos, estos se transformaron en pájaros y siguieron la corriente del río.

375 «Caryda», gritó Jurupari, «nuestros enemigos ya vuelan como pájaros; volemos también nosotros tras ellos».

376 Y ambos volaron, convertidos en pajarillos ligeros, y cuando ya estaban por alcanzarlos, los dos se transformaron en granos de piedra, de modo que los perdieron de vista y se vieron obligados a detenerse sobre una piedra, donde Jurupari, sacando la sombra del cielo, vio que uno ya corría convertido en ciervo y el otro se había escondido en el río convertido en cangrejo.

377 Y dijo Jurupari: «Tú persigue a este; yo perseguiré al ciervo».

378 Y Jurupari voló como águila y corrió tras el ciervo, y lo alcanzó cuando llegaba al río, y allí mismo le clavó las garras en la carne y lo convirtió en piedra.

379 Entretanto Caryda se había arrojado al agua, convertido en nutria, y el cangrejo, en cuanto sintió a la nutria, se transformó en una gran pirahíua y salió al encuentro de la nutria, y como esta no tuvo tiempo de transformarse, fue tragada.

380 Caryda, ya dentro de la barriga de la pirahíua (pez grande), se reía de la calma con que esta remontaba el río. Llegados donde el agua duerme al pie de la cascada, se transformó de nutria en puercoespín, de modo que la pobre pirahíua comenzó a dar saltos desesperados hasta que fue a varar en la arena, donde murió.

381 Entonces Caryda salió del vientre de la pirahíua, riendo por haberla engañado tan bien, y viendo a Jurupari, que, sentado sobre una piedra, asistía a la muerte del último traidor, le dijo:

382 «¿Te han divertido los últimos saltos que daba la pirahíua mientras yo le agujereaba el vientre?»

383 «Muchísimo. ¿Dónde está tu pussanga?»

384 «Aquí está».

385 «Está bien. Ahora volvamos adonde dejamos a las Nunuiba casi locas, que a estas horas deben de estar medio muertas de sed y de hambre. Tú conviértete en un pequeño halcón, y yo me convertiré en maccary, y cuando lleguemos a la sala de la fiesta iremos a posarnos en lo alto de la viga maestra».

386 Nunuiba y los suyos estaban desesperados al ver el estado lamentable a que habían quedado reducidas sus mujeres.

387 Solo el payé estaba tranquilo y no respondía a las preguntas que le hacían, fumando su cigarro y aspirando grandes tomas de caraiurú, y de vez en cuando miraba hacia el oriente como si esperara a alguien.

388 Las risas que venían de la selva vecina, mezcladas con silbidos, hacían perder todavía más la cabeza a los hombres ante aquel triste cuadro, y Nunuiba se agarró al payé y gritó:

389 «¿Por qué no vamos a matar a aquellas sombras que se burlan de nosotros con sus silbidos y sus risas?»

390 Y el payé respondió: «¿Piensas, pues, que tus flechas pueden alcanzar a alguna de aquellas sombras? Ya te he dicho que solo Jurupari tiene el poder de hacer callar a estas sombras, de devolver la razón a las mujeres y de enseñarles a respetar su ley».

391 En ese instante entraron en la casa el halconcillo y el maccary, que fueron a posarse en la viga maestra.

392 Y los guerreros que llevaban armas cruzaron las flechas para apuntar a los pájaros; pero cuando, llevándose la mano al pecho, estaban a punto de disparar, quedaron como inertes en esa misma postura; no se oía más que su respiración, y las risas y los silbidos de la selva cesaron.

393 Entonces Jurupari y Caryda bajaron de un salto al centro de la sala, y Jurupari habló así, dirigiéndose al tuxaua y al payé:

394 «Quitad los instrumentos y los ornamentos de plumas a estas mujeres y quemadlo todo».

395 Y ellos obedecieron, y cuando estuvo hecho, él continuó:

396 «Llevadlas ahora a comer, y luego volved a escucharme en cuanto las hayáis dejado durmiendo en sus hamacas».

397 Y cuando lo hubieron hecho y volvieron, Jurupari continuó:

398 «Ahora que estamos solos, debéis oír lo que os queda por hacer y qué leyes tenéis que cumplir de hoy en adelante sobre la tierra.

399 «Tú, Caryda, lleva a estos hombres a la orilla del río, para que se zambullan y saquen de él los restos de los huesos de Ualri, para preparar los instrumentos con que esta noche pueda enseñarse el canto y la música de Jurupari».

400 Y volviéndose entonces hacia Nunuiba, continuó así: «Tú perteneces a esa gente que hasta hoy siempre me ha traicionado, y los tuyos siguen tu ejemplo.

401 «Veo en ti la impaciencia y la desvergüenza y toda la maldad de aquellos viejos que me traicionaron aquí, pero que ya fueron castigados.

402 «¿Pensabas que yo no conocía lo que alimentabas contra mí en el fondo de tu corazón cuando castigué a tus mujeres?

403 «¿Crees que no sé que preguntaste al payé si podía poner remedio a los males que caían sobre los tuyos, llegando incluso a amenazarlo para obtener lo que no podía hacer, sordo a todos los consejos que él también te daba?

404 «Pero no quiero castigarte por las amenazas que me hiciste, armando a tus guerreros contra mí; y hoy mismo te enseñaré la ley, la música y el canto de Jurupari para cambiar los usos y las costumbres de los tuyos, que

son malos; por eso, en cuanto llegue la noche, reuníos todos en esta casa, tú y los tuyos».

405 Caryda, apenas llegó al río, mandó a los guerreros zambullirse, y estos encontraron enseguida los restos de los huesos de Ualri todavía en el mismo lugar, al pie de la cascada; y cuando esos restos fueron sacados a tierra, Caryda los cortó según la ley e hizo con ellos instrumentos iguales a los primeros.

406 El sol ya se estaba poniendo cuando llegaron a la casa donde estaba Jurupari, y entonces este terminó los instrumentos, que colocó de pie alrededor de la sala.

407 Y cuando hubo terminado, dijo a Nunuiba:

408 «Manda a los tuyos a comer, y cuando hayan terminado, ordena que vuelvan aquí».

409 Y enseguida los Nunuiba sintieron una gran hambre, porque no habían comido desde el principio de la danza de las mujeres.

410 Cuando la noche cubrió la tierra, los instrumentos comenzaron a tocar solos la música de Jurupari, y Nunuiba y su gente quedaron maravillados al oírlos.

411 Jurupari vino entonces al centro de la sala y dijo así:

412 «Todos podían dudar de las palabras de aquellos viejos insensatos, que desmentían sus propias palabras enseñando a las mujeres lo que no debían; pero no debían dudar del payé, que a su vez confirmaba la existencia de la ley de Jurupari.

413 «Si no fuera porque tu vejez, oh tuxaua, impone tanto respeto a los tuyos, nunca se habrían atrevido a volver sus flechas contra mí y habrían escuchado sin dudar lo que el payé les decía.

414 «Tú perteneces todavía a esa gente que piensa que nadie puede hacerle frente. Pero en verdad te digo que, si no cambias de pensamiento, el día de mañana no te pertenecerá».

415 Y Nunuiba respondió: «¿Cómo puedo desobedecer, si me tienes a tu lado, dispuesto a hacer lo que digas?»

416 «Todos me obedecen siempre mientras están bajo mi vista, para desobedecerme en cuanto doy la espalda».

417 Y entonces dio a conocer todos los puntos de su ley, y después enseñó la música y el canto de Jurupari.

418 Y cuando con la primera luz del día terminó la fiesta, Jurupari dijo:

419 «Ahora que ya conocen mi ley, con la que deben cambiarse todos los usos y las costumbres de la tierra, que el payé haga respirar el humo de su cigarro a las mujeres que están durmiendo, y ellas despertarán sin acordarse de las locuras que cometieron e hicieron cometer».

420 Y habiendo Jurupari disuelto la reunión, el payé fue a despertar a las mujeres con el humo de su cigarro.

421 Ellas quedaron locas tres días y tres noches sin reconocer a nadie, y cuando les volvió la razón ya no se acordaban de lo que había sucedido, ni de la fiesta ni del castigo que fue su consecuencia.

422 Desde aquel día el payé fue siempre escuchado y obedecido en todo y por todo.

423 Después de la profanación cometida por Curàn, los Tenuiana que se habían quedado en la tierra de Arianda partieron hacia diversos puntos de la tierra.

424 Los que se dirigieron hacia el oriente encontraron enseguida una maloca de gente muy hermosa.

425 La costumbre del lugar era elegir como tuxaua al más hermoso de la tribu, fuera hombre o mujer, y en aquel tiempo había sido elegida Naruna, bellísima mujer.

426 Ahora bien, también entre los Tenuiana había un joven bellísimo llamado Dáte.

427 Naruna, cuando lo vio, le propuso que se casara con ella para convertirse así en tuxaua de la tierra.

428 Y así fue como ella habló a Dáte:

429 «Quiero ser tu mujer, porque eres el joven más hermoso que se me ha aparecido hasta ahora, y por esa razón me perteneces».

430 Dáte, que no sabía qué camino tomar para cambiar las costumbres del lugar según las leyes de Jurupari, aceptó la oferta de Naruna para poder introducirlas mejor.

431 «Nuestra boda tendrá lugar la noche de las maldades de la luna, porque en ese tiempo toda mi gente estará aquí reunida.

432 «Entretanto ya puedes venir a vivir en esta casa con tus compañeros, pues en breve serás el tuxaua de esta tierra».

433 Dáte y sus compañeros, ya alojados en la casa del tuxaua, estudiaban día y noche cómo habían de cambiar los usos y las costumbres del lugar según las leyes de Jurupari sin que surgiera contra ellas algún obstáculo.

434 Todos obedecían ciegamente las leyes que los regían, y no parecía fácil poder cambiarlas de un momento a otro, tanto más rigurosas parecían las suyas.

435 Dáte preguntaba a sus compañeros cuál sería el mejor modo de conseguirlo, e Iadié le respondió así:

436 «Antes de tu boda con la señora del lugar, me parece que nada se puede hacer. Es mejor que primero nos sometamos a todo, hasta que seas tuxaua, y entonces podremos poner en práctica las leyes de Jurupari».

437 «¿Y Jurupari no se inquietará por nuestra manera de proceder?»

438 «Si te dio a ti o a algún otro de nosotros algún amuleto, hay motivo para temer que nos castigue; pero si no dio nada, es mejor esperar la ocasión propicia para actuar.

439 «¿De qué nos serviría ahora llamar a todos los hombres y contarles la ley de Jurupari? Todas las mujeres lo sabrían enseguida y se lo contarían a Naruna, que sin duda nos mandaría matar».

440 «Veo que no podemos introducir nuestra ley porque no tenemos ningún amuleto; pero como el día de mi boda no está lejos y yo llego a ser tuxaua de esta tribu, entonces alcanzaremos con certeza nuestro objetivo».

441 Jurupari y Caryda, cuando dejaron la tierra de los Nunuiba, se dirigieron a la Sierra del Tenui y llegaron allí en el momento en que sus compañeros lloraban y bebían las cenizas de sus madres, y enseguida tomaron los

instrumentos fúnebres y tocaron la música de los muertos.

442 Cuando el día volvía con sus alegrías, todo había terminado, y cada uno se recogía en su casa, donde solo había silencio.

443 Y así pasaron tres días, y al cuarto, que era la víspera de la maldad de la luna, Jurupari y Caryda fueron con sus compañeros a las orillas del Lago Muypa, donde se bañaron, y cuando hubieron terminado, Jurupari dijo:

444 «Ahora que ya no veo en la tierra traidores que puedan impedir que los usos y costumbres de nuestra ley se observen en todas las tierras del sol, voy a descansar; descansad también vosotros, porque después cada uno irá a cumplir lo que tiene que hacer; pero antes oíd la triste historia de nuestras mujeres:

445 «Después de dejar este lugar, tomaron como guía de su viaje las aguas del río.

446 «Y allá, muy abajo, encontraron una tierra donde los habitantes eran como ellas, pero no tienen leyes, y allí se quedaron todas, diciendo que habían abandonado la tierra en que vivían porque la madre del agua había llamado al fondo del río a todos los hombres de su tribu.

447 «Y entonces el tuxaua les preguntó adónde querían ir.

448 «"Queremos quedarnos aquí".

449 «"¿Y si la madre del agua viene tras vosotras?"

450 «"Retrocederá ante las flechas de tus guerreros."

451 «"Sea así; pero ¿dónde encontraré hombres para todas vosotras?"

452 «“No queremos hombres, porque prometimos no unirnos nunca más con hombres”.

453 «“¿Y si yo diera a cada una un marido, tendríais corazón para rechazarlo?”

454 «“Por obedecerte los aceptaríamos, pero no para tener hijos de ellos, sino para tratarlos como hermanos”.

455 «“Está bien; hoy mismo cada una de vosotras tendrá un hermano para distraerla y contarle historias”.

456 «Y en cuanto llegó la noche, el tuxaua mandó a cada mujer un hermano; y cuando los recién llegados les decían que habían sido enviados a contarles historias, ellas, en vez de escucharlos, se arrojaron en sus brazos y los recibieron como maridos».

457 . . . . . .

458 «Ahora que ya sabéis la suerte de estas mujeres impacientes, descansemos, porque mañana cada uno debe reanudar su camino».

459 Fue la primera vez que Jurupari durmió después de tantas fatigas, y fue visitado por la madre de los sueños.

460 Vio en sueños el apuro en que se hallaban Dáte y sus compañeros en la tierra de Naruna, y al despertar contó el sueño a Caryda.

461 «Mira», dijo este, «si la madre de los sueños te ha dicho la verdad».

462 Y Jurupari, sacando las sombras del cielo, vio en ellas fielmente pintado todo lo que había soñado, de modo que dijo a Caryda:

463 «Todo es verdad, y por eso iremos a aquella tierra a ayudarlos, pero transformados en otros hombres, para ver si alguno de los nuestros no cae vencido.

464 «Allí tomaremos parte mañana en la fiesta junto con los demás.

465 «Despídete de tus compañeros, a quienes no volverás a ver tan pronto, porque desde allí cada uno de nosotros seguirá su camino, hasta que el Sol nos reúna».

466 Caryda fue a despedirse de sus compañeros y les prometió que un día, cuando menos lo esperaran, había de volver con Jurupari.

467 Y les recomendó que fueran severos con las mujeres y castigaran sin piedad a los traidores, en cualquier parte de la tierra donde los encontraran.

468 Cuando Caryda se reunió con Jurupari, este le habló:

469 «Vamos a visitar por última vez esta colina donde nacimos y desde donde se dieron las primeras leyes que deben poner fin a estas costumbres libres, que son la vergüenza de la tierra.

470 «Nuestras madres murieron para servir de ejemplo a las mujeres curiosas que no quisieron creer en la palabra de Pinon, padre de esta nueva generación, de la que también nosotros somos.

471 «Hasta hoy aquellas locas no creen en la palabra de Pinon, que, transformado en payé, les predijo todo lo que nosotros hemos cumplido con mi ley, que solo dejará de tener fuerza cuando aparezca en la tierra la primera mujer perfecta.

472 «Esta colina nunca más será habitada, porque las sombras de nuestras madres y de los niños muertos estrangulados no dejarán que nadie venga a vivir aquí, para no profanar el lugar donde nací y no espantar a Seucy, la señora del lago.

473 «Y todas nuestras cosas quedarán aquí convertidas en piedras para dar testimonio de nosotros.

474 «Ahora no nos queda más que media luna para estar juntos; mañana partiremos hacia la tierra de Naruna para asistir a la boda de Dáte.

475 «No sé qué me sucederá, porque el Sol no me dio las sombras del cielo donde se pinta el futuro; por eso, por primera vez, aceptaré todo lo que haya de suceder.

476 «Y como no quiero que Dáte me reconozca, esconderé mi matiry en una piel de até, y cuando lleguemos allá a la hora de la tristeza, debemos tomar enseguida sitio entre los danzantes y seguir en todo los usos y las costumbres de la tierra».

477 En cuanto llegó la hora, Jurupari y Caryda partieron hacia la tierra de Naruna, adonde llegaron sin ser presentidos.

478 Pero la luna no había llegado todavía al punto de su maldad, y todos estaban charlando; y una muchacha hermosa iba de grupo en grupo buscando un compañero para la próxima fiesta, y al llegar junto a Jurupari le dijo:

479 «Hermoso Tenuiana, tú serás mi compañero en la fiesta de la boda: ¿aceptas?»

480 Y habiendo aceptado Jurupari, ella continuó:

481 «Bien, vendré a buscarte aquí mismo cuando se presente la ocasión».

482 En cuanto la luna empezó a producir sus efectos, las mujeres comenzaron la boda de Naruna y Dáte.

483 Todas las mujeres entraron con su compañero en la sala, donde ya estaba Jurupari con su hermosa compañera.

484 Naruna, cubierta de plumas de guacamayo y de águila, entró entonces en la sala con Dáte, que la precedía con los instrumentos.

485 En cuanto los novios estuvieron en el centro de la sala, se formó a su alrededor la gran rueda, que giraba a la izquierda, mientras Dáte y Naruna giraban a la derecha.

486 El batir de los pies de los danzantes cubría los alegres sones de la música.

487 Cuando la luna llegó a la mitad del cielo, Naruna ofreció el capy a todos los danzantes, y cuando el último estuvo servido, rodeó con los brazos al novio.

488 Y todas la imitaron; Jurupari intentó sustraerse, pero la maestra de ceremonias, que vigilaba para que se observaran los usos, lo obligó a ceder a su compañera, que todavía no había conocido varón.

489 Y Jurupari, gimiendo, cedió.

490 Cuando el curàmpa dio la señal de que amanecía, todos se levantaron, y Naruna distribuyó otra vez el capy en tal cantidad que todos quedaron enseguida aturdidos. Solo Jurupari bebió, bebió y no sintió efecto alguno.

491 Después la danza continuó, entrando ahora en la rueda los novios y siendo tañedor Iadié, que llevaba del brazo a su hermosa compañera; así pasaron la jornada entera bailando.

492 Llegada la noche, se repitió la ceremonia que tanto dolor había causado a Jurupari.

493 Cuando volvió el sol, Naruna y Dáte entraron en la cámara nupcial, de donde debían salir al día siguiente para recibir los regalos de los parientes.

494 Como desde ese momento ya no había obligación de bailar, Jurupari y Caryda fueron a conversar fuera de la casa, y Jurupari dijo:

495 «Si hubiera sospechado lo que me esperaba, nunca habría asistido a la boda de Dáte, ni habría dado mi palabra de someterme a todas las costumbres de esta gente. Pero nadie verá más a Carumà, pues hoy es mía, y la llevaré lejos de la vista de los hombres, para que no sea mancillada la única esposa que me ha tocado».

496 «¿Y qué regalo», preguntó Caryda, «ofreceremos a Dáte?»

497 «Tú le darás tus ornamentos de plumas; yo, esta piel de até con un amuleto».

498 Y cuando las primeras alegrías del día aclaraban las raíces del cielo, todos se reunieron en la sala de la fiesta para entregar los regalos a los novios y saludarlos.

499 Y cuando apareció el sol, Naruna y Dáte salieron de la cámara nupcial y vinieron al centro de los reunidos a recibir los regalos que cada uno les ofrecía; y cuando Jurupari se adelantó para dar su regalo a Dáte, Naruna exclamó de modo que todos la oyeron:

500 «¿Dónde estabas tú, que no te vi?»

501 «Formo parte de la gente de tu marido».

502 «¡Pero si eres el joven más hermoso que he visto! Yo soy la dueña de esta tierra y solo yo hago mi voluntad; así que hoy mismo volveré a casarme contigo, y tú serás mi primer marido, y Dáte el segundo».

503 «Eso no puede ser; Dáte es tu único y legítimo marido.»

504 «Ya he dicho que soy la dueña de esta tierra, donde solo se hace mi voluntad; hoy mismo, si no quieres morir a manos de mis guerreros, serás mi marido».

505 Y su voz fue disminuyendo poco a poco hasta cesar del todo, y toda su gente quedó paralizada.

506 Entonces Dáte dijo a Jurupari:

507 «Tuxaua, te esperaba para poder remediar todos estos males.»

508 «Mañana saca de este matiry el amuleto que hay en él, póntelo en la nariz y guarda en el corazón lo que quieras que se haga, y todo se hará. Cuando devuelvas la razón a esta gente, nadie se acordará de lo que sucedió, y podrás gobernar esta tierra a tu gusto, porque la misma Naruna ya no recordará que aquí su voluntad era ley, y te obedecerá ciegamente».

509 Cuando Jurupari terminó de hablar, tomó a Carumà y desapareció con ella hacia levante, dejando tras de sí un humo denso que olía a resina de cumarú.

510 Dáte, al día siguiente, tomó el amuleto, que era una uña de águila, se lo puso en la nariz, sopló en la cara de su gente, todavía inmóvil, y cuando llegó al último y se volvió, vio que todos ya estaban vivos.

511 Y dijo entonces a Iadié: «Despierta a toda esta gente y ordena que vayan a bañarse».

512 Y así se hizo, y todos corrieron al río a bañarse, y con ellos fue también Naruna.

513 Cuando Naruna volvió, estaba tan humillada que Dáte sintió que le lloraba el corazón y le preguntó:

514 «¿Por qué dormiste tanto?»

515 «La madre del sueño me engañó».

516 «Para que no vuelva a engañarte, antes de volver a dormirte ve a darte otro baño».

517 Y Naruna quedó tan avergonzada por esta observación de su marido que fue a la cocina y se escondió dentro de una gran olla de cachiry.

518 Cuando llegó la hora de la comida, ella no apareció.

519 «¿Dónde está mi mujer?»

520 «No lo sé», respondió Iadié.

521 «¿Dónde está mi mujer?»

522 Y nadie respondió; entonces él tomó su talismán y quiso que Naruna se presentara ante él. Entonces todos vieron la olla de cachiry, que estaba en la cocina, venir adonde estaba Dáte sin que nadie la llevara, y cuando Dáte

preguntó otra vez:

523 «¿Nadie sabe dónde está mi mujer?»

524 La olla se rompió y apareció el cuerpo de Naruna ya sin piel, tan fuerte era la bebida.

525 Cuando Dáte conoció que Naruna ya estaba muerta, maldijo a Jurupari.

526 Y de cuantos estaban presentes, nadie supo quién la había matado.

527 Dáte, dicen, quizá por no saber servirse del amuleto, mató a Naruna sin querer.

528 Cuando apareció el sol del día siguiente, enterraron el cuerpo de Naruna junto a un tronco de inajá (especie de palmera), donde todas las noches Dáte iba a depositar beijú, pescado y otros alimentos para que la sombra de Naruna se alimentara.

529 Iadié fue encargado de enseñar a la tribu de Dáte la ley, la música y el canto de Jurupari.

530 Nadie se opuso, y los nuevos usos y costumbres fueron pronto observados en toda la tierra.

531 Después de la muerte de Naruna, Dáte vivía triste y solitario, sin conversar siquiera con sus compañeros.

532 Su sitio era en lo alto de una piedra, con los ojos vueltos hacia el oriente.

533 Ahora bien, Iadié, que ejecutaba sus órdenes, yendo una vez a darle cuenta de lo hecho, lo encontró llorando y le preguntó:

534 «¿Qué tienes? Veo en ti las señales de tus pesares delatar tu debilidad».

535 «Yo mismo no sé qué es; pero tengo una tristeza que me domina hasta el punto que ves. Nada me falta, tengo en vosotros amigos fieles, pero un dolor desconocido me mata».

536 Y apenas terminó, cayó muerto, e Iadié se apresuró a recibir en sus brazos a su infeliz compañero.

537 El amuleto que estaba dentro de la piel de Dáte empezó a hacer ruido: parecían dientes que castañeteaban.

538 Iadié se apresuró a apoderarse de él y, poniéndoselo en la nariz, pidió ser él el elegido jefe de la tribu.

539 Cuando llegó a la maloca con el cuerpo de Dáte, los Tenuiana se pintaron de urucú y lloraron.

540 El cuerpo de Dáte fue enterrado en el mismo lugar donde estaba el cuerpo de Naruna, e Iadié iba todas las noches a llevar comida a sus sombras.

541 Ahora bien, como la ley de Jurupari ya estaba en uso en esta tierra, los Tenuiana partieron hacia otros lugares a cumplir su deber, e Iadié se quedó solo gobernando aquella tierra.

542 Pero él era muy mujeriego y fue cortejando a todas las muchachas, transgrediendo con ello la ley de Jurupari, pues su mujer estaba encinta.

543 Y todas aquellas muchachas formaron una conspiración femenina para obligarlo a declararse y decir cuál de ellas tenía derecho a darle un heredero.

544 Pero las mujeres eran el doble que los hombres de la maloca, e Iadié tuvo miedo y no respondió.

545 Gidánêm, muchacha hermosa pero de mal genio, fue la primera que dio a luz un niño, que fue inmediatamente depositado en la casa de Iadié.

546 Este, furioso por ello, hizo arrojar enseguida al río a su propio hijo.

547 Gidánêm entonces, a la cabeza de todas las mujeres, fue a la casa de Iadié, y todas juntas lo mataron; después mataron a todos sus guerreros, perdonando solo a algunos muchachos que acompañaron a su propia madre en la lucha.

548 Y el mayor de estos muchachos, llamado Calribóbó, fue elegido tuxaua.

549 Calribóbó ya conocía toda la ley de Jurupari y siguió observándola estrictamente.

550 Ahora bien, todas las noches, en la casa donde había vivido Iadié, oía cantar a un grillo, pero tan fuerte que le molestaba.

551 Recordaba todas las cosas que había visto y oído, y que una vez dos Tenuiana hablaron de una pussanga que Jurupari había repartido a su gente.

552 Sin duda Iadié debía de tener una, y se propuso ir a buscarla en cuanto llegara la noche.

553 Cuando llegó la noche, fue derecho a la casa donde había vivido Iadié en busca de la pussanga, y apenas entró oyó el canto del grillo.

554 Y procuró matarlo; pero ¡cuál no sería su asombro al ver que el grillo que hacía tanto ruido era una uña de águila, cerrada por un lado con cera de abejas!

555 Y adivinando que aquella uña de águila era el amuleto, la tomó y se la puso enseguida en la nariz, pidiendo saber todo lo que aún no sabía.

556 Y así fue, y desde entonces Calribóbó gobernó a los suyos con tal sabiduría que jamás nadie se quejó de él.

557 Después de que Jurupari y Caryda dejaron con Carumà la tierra de Naruna, se dirigieron hacia el oriente, hasta las orillas de un río de aguas blancas, y allí se elevaron hasta tocar el cielo, dejando caer desde allí a Carumà.

558 Y el cuerpo de Carumà, al caer, cuanto más se acercaba a la tierra tanto más crecía, de modo que, cuando se posó en el suelo, se había transformado en una gran montaña.

559 Y Caryda y Jurupari permanecieron todavía algún tiempo suspendidos en el aire; luego bajaron también ellos y se posaron en la cumbre de la nueva montaña, a orillas de un lago hermosísimo, todo rodeado de hierbas olorosas.

560 Y Jurupari habló así:

561 «He aquí la primera y única mujer que me ha tenido, puesta con toda seguridad lejos de la vista de los hombres.

562 «Un día, cuando todo se haya consumado, vendré a buscarla para ir a vivir juntos muy cerca de las raíces del cielo, donde quiero descansar de las fatigas de mi misión, lejos de los ojos de todos.

563 «Hoy, oh Caryda, es el último día que estamos juntos, y antes de separarnos quiero contarte el secreto de mi misión sobre la tierra.

564 «El Sol, desde que nació la Tierra, ha buscado una mujer perfecta para llamarla junto a sí; pero como hasta hoy no la ha encontrado, me confió parte de su poder para ver si en este mundo podrá haber una mujer perfecta».

565 «¿Y cuál es la perfección que el Sol desea?»

566 «Que sea paciente, que sepa guardar un secreto y que no sea curiosa.

567 «Ninguna mujer que hoy existe en la tierra reúne estas cualidades: si una es paciente, no sabe guardar secreto; si sabe guardar secreto, no es paciente; y todas son curiosas, quieren saberlo todo y probarlo todo.

568 «Y hasta ahora no ha aparecido todavía la mujer que el Sol desea poseer.

569 «Cuando la noche de hoy esté a la mitad, debemos separarnos; yo iré hacia el oriente, y tú, siguiendo el camino del sol, irás hacia el poniente.

570 «Si un día el sol, tú y yo nos encontramos en el mismo lugar, querrá decir que ha aparecido en la tierra la primera mujer perfecta».

571 Después de esto Jurupari fue a la orilla opuesta del lago y, sentado sobre una piedra, se quedó contemplando su propia imagen reflejada en el agua.

572 Caryda, preso de una fuerza mayor que su voluntad, se quedó en el mismo lugar sin poder seguir a su compañero.

573 Cuando la luna iba saliendo del seno de la tierra, apareció en la superficie del agua una bellísima mujer, en quien Caryda reconoció a Carumà.

574 Ella cantó el canto y la música de Jurupari con tanta dulzura que Caryda se durmió, y cuando despertó, avanzada la noche, ya no vio a nadie.

575 Pero, mirando mejor hacia el oriente, vio ya muy lejos dos figuras que parecían seguir el mismo camino; y entonces Caryda se levantó y dirigió sus pasos hacia el poniente.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0